Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX — San José, Costa Rica — 1930 — Sábado 18 de Enero — Núm. 3

Año XI. No. 475

SUMARIO

1749 - 1929

En el año jubilar de Goethe

Goethe y Menéndez Pelayo

Sigue siendo Menéndez Pelayo el índice de viales para toda mentalidad que quiera plantearse, de modo amplio, problemas históricos. Junto a este aspecto de su modalidad espiritual existen varios otros debidos a su compleja personalidad. Los valores históricos en él no perdían el contacto con los valores vitales, y el estudio de un autor no era la disolución de una personalidad. Menéndez Pelayo—aunque algunos jóvenes críticos hayan dicho que su posición ideológica estaba enraizada en el positivismo— es en el paisaje espiritual español la aparición tardía del historiador romántico. Sus métodos históricos—principalmente los de su época juvenil—no tienen ninguna semejanza con los métodos esgrimidos por el positivismo. La personalidad, que fué un valor potenciado por el romanticismo y anibilado por el positivismo, tiene aún en Menéndez Pelayo un historiador y un fervoroso; y por esto su obra histórica alcanza el rango pedagógico que poseen las obras de Burckhardt, de Nietzsche.

Hay en el autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* dos tangentes formas mentales: la de historiador de la cultura española y la de contemplador de las literaturas extranjeras. Conoció y admiró toda obra extranjera que pudiera alcanzar un alto valor universal y humano. Su insaciable curiosidad le condujo a trazar en la historia de las ideas estéticas un estudio, una imagen de la personalidad de Goethe. La introducción al estudio de la personalidad goethiana la inicia con el método estilístico —romántico— de los paralelos antitéticos: «Antítesis profunda del genio de Schiller fué el de Goethe. Mayores y más distintos nunca los produjo la Humanidad al mismo tiempo. Schiller, el gran poeta de la voluntad libre y de la exaltación generosa del alma; Goethe, el gran poeta panteísta y realista, el poeta del *empirismo intelectual;* poeta *objetivo* por excelencia, que aspira a convertir toda naturaleza en arte, toda realidad en ideal». Pero de los rasgos que caracterizan al poeta de Weimar, Menéndez y Pelayo supo captar los dos esenciales que le transforman no en el artista de una época y de una nacionalidad, sino en valor de la Humanidad o —expresándolo en lenguaje actual—valor europeo. «Tal hombre no pertenece a la raza germánica, sino a la Humanidad entera». «Este mismo género de *universalidad* que hace inmortales las obras dé Goethe y de Schiller se encuentra, aunque en menor grado, en casi todos los grandes hombres que produjo en su edad de oro la cultura alemana. Winckelmann y Lessing, Herder, Kant, Fichte, los dos Humboldt, no son los clásicos ni los pensadores de una nación particular, sino los educadores, en bien o en mal, del mundo moderno». Ese carácter de educador del mundo moderno se basa en Goethe en una naturaleza eminentemente progresiva y *educable*». «Tipo humano—añadía en la *Historia de las ideas estéticas*— de los más ricos y complejos, estuvo sujeto a no menores vicisitudes y metamorfosis que las que él estudiaba en la Naturaleza». Menéndez Pelayo vió el valor educativo que las metamorfosis—*Bildungs-jahre* — pueden ofrecer a una minoría juvenil y actual. Goethe es el ejemplo de una personalidad abierta a todas las influencias, mas siempre viendo en ellas un medio de enriquecimiento y no dejándose nunca dominar por ellas. Frente a la necesidad y fatalidad de la naturaleza se levantaba su personalidad, sustentada no en el azar, sino en la libertad interior, que es esencial a la cultura, y al mismo tiempo adoptando ante ella la posición de obediencia y reconociendo la existencia de leyes exteriores otorgadoras de la medida de lo que debe ser una ley íntima y humana. «Desde el momento en que Goethe llegaba a admitir la existencia de las leyes, descubría una nueva forma del espíritu, una nueva moral, una nueva estética. La moralidad nueva de Goethe se puede concebir solamente partiendo de su nueva exigencia de arte y en el interior de esta exigencia» [1].



Goethe

Por *M. Petrone.*

En España, en época posterior a la de Menéndez Pelayo, y por mente muy distinta de la suya, por Ortega y Gasset, se llegó a reconocer esa exigencia, integrándola en época y en país que ante la fatalidad de la Naturaleza tendían a ser dominados por ella. «¿Qué es la cultura sino convencionalismo? Lo sincero, lo espontáneo en el hombre es, sin disputa, el gorila.» Para Ortega existe una ecuación interna entre la cultura y el clasicismo u ordenación. «El lujo del hombre fuerte que se posee a sí mismo y somete a un cauce de normas la fluencia excesiva de su energía», significaba clasicismo. Y añadía: «Por eso se reveló clásico Goethe cuando dijo:

Sólo el grosero sigue su capricho,
el noble aspira a ordenación y a ley [2].

(1) V. F. Gundolf: *Goethe.*
(2) V. *Personas, obras, cosas...*

La imagen de la personalidad que aspira a un conjunto de normas ha tentado dos momentos desemejantes de nuestra cultura. Ha tentado por su cualidad de anhelo de una circular—no evolutiva—transformación y educación del protofenómeno humano y por su deseo férvido de la imagen ideal del hombre, por su tensión a captar la *Humanitas*.

Nuestra época está muy alejada del estado necesario para la comprensión del *Bildungsroman*, que no es novela pedagógica, sino novela que presenta el crecimiento en círculos y ondas de una personalidad; pero siempre significa un enriquecimiento poseer un órgano histórico apto para la comprensión de una época que empieza con la Ilustración y termina con el comienzo del Romanticismo y crea como símbolo las novelas agrupadas bajo el título de *W. Meister* (1). Para Menéndez Pelayo, que ha sido llamado el último humanista y que en la literatura no buscaba erudición, sino belleza y humanidad ideal, era Goethe en sus obras *Fausto* y *W. Meister* — en donde la auto-educación se presenta como un fenómeno natural del Espíritu—el ejemplo de una personalidad educable y símbolo de Humanidad ideal. Debido a esa experiencia, le llamaba *ciudadano del mundo*. Y también porque Goethe, en sus años de Weimar, fué digno de ser el patriarca universal de la cultura. «Sólo aquel nombre de literatura universal que él inventó es adecuado para mostrar el género de su influencia».

El concepto de literatura universal se integra en el espíritu español mediante el estudio de la estética goethiana. El contacto apretado y amplio con Europa, que fué siempre patético deseo de Menéndez Pelayo; la comunicación espiritual con el Universo, que fué esencial a su condición de Aristarca, fué la causa de que hoy se pueda hablar en España de literatura universal. No sólo tradujo y apropió el concepto de *Weltliteratur*, sino que lo realizó. Fué su mentalidad verdaderamente europea. Supo conocer y asimilar los óptimos valores de su época. Presentó en España —con curiosidad hoy raramente superada —lo novedoso francés, alemán, italiano, buscando en ello motivos, incitaciones, normas morales.

Pero una curiosidad por conocer la literatura universal no entraña la esencia del concepto, que tiene ya hoy límites bien definidos merced a los trabajos de Gundolf y de Strich, que han profundizado en el pensamiento de Goethe. El concepto de una literatura universal no pudo originarse en los tiempos precristianos, porque en ellos no existía la conciencia de una unidad, de un universo moral, como tampoco existía la de un universo físico: de un cosmos. Para alcanzar esto último fué necesario una larga experiencia de viajes, de descubrimientos, de ensueños físicos y geógrafos (2). Para obtener lo primero fué precisa la venida de Cristo, y El mandato: *docete omnes gentes:* la implantación de una catolicidad. Sin embargo, en la Edad Media—la época de la *civitas Dei*—no podría prosperar el concepto de literatura universal, porque como toda idea supranacional necesita para su base realidades nacionales, realidades que el Renacimiento aportó con su sentimiento de la nacionalidad. Fué el nuevo sentimiento que hizo exclamar a Petrarca:

Viztú contra furore
Prendera l'arme; e fia'l combatter corto,
Che l'antiguo valore
Ne l'italici cor non è ancor morto.

Y cantar a Dante:

Ahi serva Italia, di dolore ostello,
Nave senza nocéhiere in gran tempesta,
Non donna di provincia, ma bordello.

Después del Renacimiento, en la época de la Ilustración, se originó el concepto de una unidad supranacional, de una Europa, en mentalidades como las de Voltaire y Goethe, aunque fué un espíritu romántico: Mme. de Stael, que habló por primera vez de un espíritu europeo: «Désormais il faut avoir l'sprit européen» (1). Para Goethe dicho ideal se sustentaba en su concepto del protofenómeno. La pluralidad humana es una transformación en espacio y tiempo del protohombre y los pueblos son una metamorfosis de la protoforma de la Humanidad. Sólo se puede alcanzar la universalidad cuando la especificidad individual se une al valor primario del protofenómeno, y sólo es posible obtener la plenitud cuando se abre el espíritu a todas las influencias. Toda asimilación de formas y valores, toda integración es un inicio de plenitud.

El sentido ideal de una literatura universal es un cambio de influencias, una donación y una captación, ha escrito Strich. Ese sentido ideal que inició Goethe ha continuado trazando su vial en el espíritu alemán, desde los estudios de los hermanos Schlegel hasta las obras del círculo de George, pasando por Hegel y Grillparzer.

En los últimos años se ha llegado a establecer una ecuación entre literatura universal y literatura europea, debido a que Europa o cultura europeocristiana compendia actualmente el universo espiritual. En una obra como el *Werther*, de Goethe, o en un concepto como «la bestia rubia», de Nietzsche, la influencia europea y universal confunden sus límites. Calderón, Cervantes, Lope de Vega, Gracián, por su valorización y fama, pertenecen como Dante, Goethe, Shakespeare, Nietzsche, a la literatura europea. Este complejo de famas es llamado Europa. En los países en donde estos nombres tienen significación y autoridad, han tenido significación y autoridad los nombres de César, de Trajano, de Virgilio, de San Pablo, de Aristóteles, de Platón y Euclides. En donde la significación de dichos hombres termina están los límites de Europa, ha afirmado Valery. Los límites geográficos de la fama de César son los límites de Europa, ha enseñado Gundolf en su libro sobre la historia, en Europa, de la fama de César.

Los conceptos de personalidad en formación y de literatura universal hallados —como tantos otros que han pasado a formar parte del lenguaje técnico de la historia espiritual—por Goethe, fueron integrados por primera vez al devenir de la historia espiritual española en la *Historia de las ideas estéticas*, de Menéndez Pelayo.

José Francisco Pastor

(Tomado de *La Gaceta Literaria*, Madrid).

(1) Los temas de arte nunca se agotan. El mismo tema ha sido tratado modernamente y en la única forma que un poeta postsimbolista podría tratarlo, por Gide en *Les Nourritures Terrestres*.

(2) V. A. Humboldt: *Kosmos*.

(1) Citado por Gh. du Bos en *Extraits d'un journal*, publicados en *Le Roseau d'Or*.

El caso de Cuba

(Envío del autor)

Pocos hombres de Hispanoamérica están viviendo días de tan honda tragedia como los cubanos. Cuando alienta en el ciudadano una esperanza de días mejores, cuando acierta a ver delante de sí caminos difíciles pero salvadores, el dolor del bochorno actual se disuelve en la esperanza. El ánimo público se conturba, pero no decae. No es este el caso del cubano y los hispanoamericanos que residimos en esta isla debemos gritar a los cuatro vientos la angustia cubana como ejemplo y advertencia a la América nuestra.

Aparte desfavorables taras coloniales, provienen los males de la República Cubana de la no realización —ni absoluta ni parcialmente— del programa de los revolucionarios libertadores de la isla. En los momentos en que iba a cuajar el sueño de un siglo de heroicos esfuerzos, la intervención de los Estados Unidos desvió un natural proceso de realización política. Nació la República con las alas recortadas, sin fe en sus destinos, sin claridad en su porvenir, sabiéndose espiada por una sombra poderosa que bien pronto dejó de ser tutelar. En lo adelante, habría que contar con el Norte hasta para la más modesta resolución en el campo político y en el económico. Los políticos sin capacidad y sin honestidad que por lo general se han *repartido* la cosa pública cubana, han creído siempre lo más cómodo y acertado entenderse del mejor y más rápido modo con los directores supremos. En más de un momento toda la política de Cuba no ha sido otra cosa que una carrera desbocada *por llegar primero a hablar con el americano*. La certeza de que buena o mala, la última palabra vendría del Norte, ha ido creando en los mejores sectores de la isla un grave estado de escepticismo, de letal conformismo. Primero, asegurar la aquiescencia del oculto poder, después, pre-



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Método que se debe seguir en la educación de mi sobrino Fernando Bolívar

=De *Papeles de Bolívar*, publicados por Vicente Lecuna. Caracas. 1917=

La educación de los niños debe ser siempre adecuada a su edad, inclinaciones, genio, y temperamento.

Teniendo mi sobrino más de doce años, deberá aplicársele a aprender los idiomas modernos, sin descuidar el suyo. Los idiomas muertos deben estudiarse después de poseer los vivos.

La geografía y cosmografía debe ser de los primeros conocimientos que haya de adquirir un joven.

La historia, a semejanza de los idiomas, debe principiarse a aprender por la contemporánea, para ir remontando por grados hasta llegar a los tiempos oscuros de la fábula.

Jamás es demasiado temprano para el conocimiento de las ciencias exactas, porque ellas nos enseñan el análisis en todo, pasando de lo conocido a lo desconocido, y por ese medio aprendemos a pensar y a raciocinar con lógica.

Mas debe tenerse presente la capacidad del alumno para el cálculo, pues no todos son igualmente aptos para las matemáticas.

Generalmente todos pueden aprender la geometría y comprenderla; pero no sucede lo mismo con el álgebra y el cálculo integral y diferencial.

La memoria demasiada pronta, siempre es una facultad brillante; pero redunda en detrimento de la comprensión; así es que el niño que demuestra demasiada facilidad para retener sus lecciones de memoria, deberá enseñársele aquellas cosas que lo obliguen a meditar, como resolver problemas y poner ecuaciones; viceversa, a los lentos de retentiva, deberá a enseñárseles a aprender de memoria y a recitar las composiciones escogidas de los grandes poetas; tanto la memoria como el cálculo, están sujetos a fortalecerse por el ejercicio.

La memoria debe ejercitarse cuanto sea posible; pero jamás fatigarla hasta debilitarla.

La estadística es un estudio necesario en los tiempos que atravesamos, y deseo que la aprenda mi sobrino.

Con preferencia se le instruirá en la mecánica y ciencia del ingeniero civil, pero no contra su voluntad, si no tiene inclinación a esos estudios.

La música no es preciso que la aprenda, sino en el caso que tenga pasión por ese arte; pero sí debe poseer aunque sean rudimentos del dibujo lineal, de la astronomía, química y botánica, profundizando más o menos en esas ciencias según su inclinación o gusto por alguna de ellas.

La enseñanza de las buenas costumbres o hábitos sociales es tan esencial como la instrucción; por eso debe tenerse especial cuidado en que aprenda en las cartas de lord Chesterfield a su hijo, los principios y modales de un caballero.

La moral en máximas religiosas y en la práctica conservadora de la salud y de la vida, es una enseñanza que ningún maestro puede descuidar.

El derecho romano, como base de legislación universal, debe estudiarlo.

Siendo muy difícil apreciar dónde termina el arte y principia la ciencia, si su inclinación lo decide a aprender algún arte u oficio yo lo celebraría, pues abundan entre nosotros médicos y abogados, pero nos faltan buenos mecánicos y agricultores que son los que el país necesita para adelantar en prosperidad y bienestar.

El baile, que es la poesía del movimiento y que da la gracia y la soltura a la persona, a la vez que es un ejercicio higiénico en climas templados, deberá practicarlo si es de su gusto.

Sobre todo, recomiendo a usted inspirarle el gusto por la sociedad culta donde el bello sexo ejerce su benéfico influjo; y ese respeto a los hombres de edad, saber y posición social, que hace a la juventud encantadora, asociándola a las esperanzas del porvenir.

Bolívar

---

sentar al pueblo —ingenuo y descorazonado— la fórmula acordada.

La tragedia cubana, se ha agravado hasta inverosímiles extremos en los últimos meses. Como es conocido de todo el orbe, preside a Cuba un *gobierno de mano fuerte*. Sabemos todo lo que esto quiere decir en una nación de Hispanoamérica. Quiere decir desconocimiento de todo límite a la *fortaleza*, Quiere decir voluntad omnipotente de un hombre frente a una masa atemorizada y empobrecida; quiere decir ejército incondicional y capitalismo afecto al que manda. Dura cosa para un país que un hombre osado y sin cultura se adueñe del palo y de la despensa. Esto ha ocurrido en Cuba. Pero lo que no ocurre en ningún otro país es que las esperanzas de echar de su sitial al mandón lleguen a desaparecer.

¿Qué camino debe tomar el cubano de hoy? El supremo poder —Estados Unidos, Wall Street— puede terminar la dictadura de la Habana. Un gesto del yanqui puede detener al Presidente Machado en su *plano inclinado*. Una advertencia del Departamento de Estado de Washington puede hacer que en Cuba vuelvan los periódicos de la oposición a tener existencia, vuelva la Universidad a ser centro de libre y amplia discusión, vuelva el ciudadano a tener garantías en la expresión de pensamiento, vuelva el obrero a ser considerado como hombre, vuelva en fin, un estado de normalidad cívica. No pocos cubanos han mirado —están mirando— hacia el Norte. Por natural, humanísimo impulso, el hombre apela siempre a quien puede destruir una injusticia, sea éste quien fuere. No pueden todos los hombres que ahora están en las antesalas de Nórteamérica ser tachados de traidores, aunque los hay traidores redomados. Entre ellos hay cubanos buenos pero ingenuos. Hay cubanos que creen aún en la buena fe yanqui respecto al problema de Cuba. Hay políticos y estudiantes que esperan la acción enérgica, decisiva, restauradora del tutor poderoso. Otros que opinan que, ante la cerrazón del horizonte, bien vale la pena intentar, aún con riesgos, una salida.

¿Quiénes están defendiendo los verdaderos intereses del pueblo de Cuba? Quizá ningún cubano se atrevería a contestarlo sin serias dudas. Porque el que no va a Washington y estima inútil toda acción política frente al palo y a la despensa de Gerardo Machado, ¿está haciendo algo por su país? Dejemos la contestación de la grave cuestión para un segundo artículo. Entre tanto piense América —por mediación de este benemérito *Repertorio*— en el espantable caso de Cuba.

Ismael Pérez Amunátegui

La Habana. Noviembre de 1929.

Al cabo de diez años.—Ya tiene la primera pátina. Ya está untado diez veces de tiempo. Y está depurado y eterno, cabal y perfecto en su estructura de luz. Está en medio de España, tan alto como cualquiera de las columnas de Hércules está inmenso, sentado entre los leones ibéricos, en la actitud humana y serena en que lo esculpiera el cincel macho de Victorio.

Hace dos lustros ya que Galdós no es ya el don Benito que conocimos, alto y callado, presidiendo con otros en Madrid los mítines de las izquierdas. Ni es ya el ilustre anciano Director Literario del Teatro Español, que, sentado en la penumbra de un ángulo del saloncillo de autores, chupaba de un puro medio apagado, mientras un poquito más allá se devanaba toda la madeja de la antigua y de la moderna farsa. No veremos ya más al dramaturgo excelso, Maestro de su tiempo, que al caer el telón sobre sus creaciones, ante el reclamo frenético del público, salía medio ciego al palco escénico, buscando a tientas las manos de sus intérpretes, a recibir las ovaciones inolvidables en las noches de estreno. Galdós, don Benito Pérez Galdós es ya un símbolo. Un símbolo de la España vital, de la España eterna, renovándose, avanzando, tratando de superarse en una ascención indefinida.

Pasó ya para siempre, como un fantasma de sí mismo, el hombre caduco de los ojos enfermos tras de los vidrios negros, del recio bigote gris medio quemado, del largo y usado gabán, de la bufanda de lana al cuello y del apabullado sombrero oscuro. De la incineración de todo ello en las brasas de diez años, sólo se levanta una luz inmarcesible que es una aureola para la raza.

El Gran Abuelo levanta la cabeza. No la cabeza de huesos, urna de sesos, sino la cabeza inmaterial, de substancia de Dios, de los creadores. Levanta para ver a su amor, a su vida, a su madre y a su hija, a la vez: A su España! Y allí está, más bella que nunca. Más joven que nunca. Más potente que nunca. Es ella, sí, es su sueño. Es su *Electra*. Se ha casado con Máximo, con el Saber. Pero, fatalmente, aún se cierne sobre ella el influjo nefasto de Pantoja. Está fina y divina en Sevilla; está sobria y potente en Barcelona. El mundo entero desfila ante ella, deslumbrado. Voló sobre el Atlántico en las alas de Franco. Otros caballeros del aire la han vuelto luego a pasear, en triunfo, por sus antiguos dominios, en todos los Continentes. Ella, a pesar de los regímenes políticos que la oprimen, está viva y lozana en los dos mundos. Electra es la siempre resucitada...!



Galdós

...La mirada siempre atenta de usted a todos los horizontes literarios, habrá ya echado de ver que el 4 de Enero de 1930 se cumple el décimo aniversario de la muerte de don Benito Pérez Galdós. Repertorio Americano, *el Semanario de Cultura Hispánica por antonomasia, no dejará de registrar en sus páginas ese aniversario tan luctuoso en los anales de la literatura de nuestra lengua. Como una contribución modesta, ínfima, a ese inmenso recuerdo, me permito enviar a usted para* Repertorio, *un ensayo inédito que acabo de escribir acerca de la personalidad y de la obra de Galdós, por quien yo tengo un culto fervoroso...* C.E.A.

Pocos dolores como ese... ¡Qué frío tan extraño en Madrid aquella mañana lívida del cuatro de Enero de 1920! Era un frío paralizador que con nada se quitaba; que parecía que iba a ser definitivo. Era un frío de muerte. Era un hielo de tumba. Y esa niebla húmeda que pesaba sobre los hombres, sobre las cosas, sobre las almas. En la entraña viva de la raza hispánica se había producido un profundo desgarramiento irremediable. Tanto que, para encontrar otro dolor como ese, había que retroceder tres siglos en la eternidad hasta llegar al día 23 de Abril de 1616 en que, en una modesta alcoba de la casa número 2 de la calle de Francos, cerraba dulcemente sus azules ojos a la luz, un hidalgo español de ajetreada vida y de divino ingenio, que se llamaba nada menos que don Miguel de Cervantes Saavedra. En esta mañana de Enero de nuestro siglo, en un hotelito de estilo morisco del barrio de Arguelles, dejaba sobre su modesta cama de hierro, las envolturas caducas de la carne, para penetrar en lo eterno, desde donde—astro esplendoroso en la constelación de los pocos genios que en el mundo han sido—seguirá irradiando una pura luz inextinguible el anciano prodigioso que escribió en español la Epopeya novelesca de la Edad Moderna y cuyo nombre glorioso nos era y sigue siéndonos tan devotamente familiar que millones de los que leemos en castellano, lo llevamos en el pecho, como una santa medalla: Benito Pérez Galdós.

Evoquemos al gran muerto inmortal.—Vamos, a los diez años, a evocar la memoria augusta de este gran muerto inmortal, ya que sería necia pretensión tratar de analizar, a estas horas, la personalidad y la obra de don Benito Pérez Galdós, una de las figuras más formidables de la literatura de Occidente. Porque Galdós novelista, Galdós dramaturgo, Galdós apóstol y maestro, Galdós genio, ha sido el épico portentoso de la raza hispánica en la Edad Contemporánea. Está todavía muy cerca de nosotros esta gran figura para que podamos contemplarla en toda su grandeza. Pero, a medida que pasen los años, los lustros, las décadas, los siglos, irá creciendo, agigantándose hasta romper con su frente las nubes y aparecer cual una cumbre espiritual excelsa, como hoy aparecen atalayando todos los horizontes de la historia el padre Homero, Virgilio, el Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Víctor Hugo, Balzac, Tolstoy, Dostoyewsky; aquellos que en su obra lograron encerrar la vida de la humanidad en una época determinada. Así como en los cantos de la Ilíada y de la Eneida están contenidas las edades heroicas de Grecia y Roma; en la *Divina Comedia* los siglos febriles, teológicos y torturados de la Edad Media; en el *Quijote* la antinomía eterna entre el espíritu y la materia; en la dramaturgia shakespeareana las grandes pasiones humanas; en el *Fausto* el drama del hombre ansioso de juventud eterna; en *La Leyenda de los Siglos*, las etapas de la vida en el friso marmóreo de las Edades; en la *Comedia Humana*, todo el vivir prosaico de la Francia burguesa, después de apagados los resplandores de la gesta napoleónica; en Dostoyewsky y Tolstoy, todo el enorme dolor del mundo eslavo; en la totalidad de la obra galdosiana se encuentra la vida entera de una raza durante un siglo de su existencia; de tal manera que quien quiera documentarse en lo futuro sobre los módulos hispánicos en el siglo XIX y a principios del XX, tendrá por fuerza que acudir a las criaturas galdosianas que estarán viviendo eternamente. Y como la raza que anima ese verdadero cosmos galdosiano está desparramada en la extensión de dos mundos, integrando veinte pueblos y estos pueblos crecerán, crecerá también en valor y en trascendencia esta peregrina y singular epopeya, grávida de todos los heroísmos y henchida de una vasta vida desbordante.

La novela española al tiempo de aparecer Galdós.—Para darnos cuenta siquiera aproximada de la enorme significación de Galdós dentro de la literatura española y, por tanto de la literatura europea, es necesario apuntar rápidamente el estado de la novela española, al tiempo de aparecer el Maestro, su más glorioso cultivador.

El género novelesco había terminado en España el ciclo de su evolución en el siglo XVII, después de haber alcanzado la cumbre de la perfección con Cervantes y de haber dejado monumentos imperecederos gracias a Quevedo, Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, Jorge de Montemayor. Durante el siglo XVIII arrastra una vida menguada, como los demás géneros y todas las Bellas Artes, en esa época de falsedad, de artificio, de decadencia.

Adviene luego el Romanticismo con aquella literatura suya de pe-

nacho, de cimera, de oriflama, que, pletórica de sangre, de fuego, de fantasía, surge como una hoguera de romance, alumbrando con sus llamaradas una visión teatral de la España legendaria y caballeresca. Eran entonces las dramaturgias encendidas del Duque de Rivas, de García Gutiérrez, de Hartzenbusch, de Zorrilla, las que triunfaban sobre los tablados exaltando el valor heroico, el desprecio a la vida, el sentimiento del honor y todos los grandes gestos, en fin, de nuestra raza. Y son las mágicas leyendas zorrillescas; las arrogantes, sonoras y gallardas estrofas de Espronceda; las frágiles, breves, acerbas y dolorosas rimas de Becquer las que agitan con el sagrado temblor de la emoción el alma popular. El Romanticismo fué en España esencialmente dramático y lírico.

El genio de la novela, arrullado por la guzla romántica, seguía durmiendo su sueño secular y apenas si se despertó unos momentos, al llamado de Larra, Patricio de la Escosura, Martínez de la Rosa, Enrique Gil, Gertrudis de Avellaneda, Pastor Díaz, Miguel de los Santos Alvarez, y otros pocos ingenios.

Difunto ya en su hornacina de alabastro, el Romanticismo, triunfa sobre el pavés del pensamiento el Realismo, que surge como una reacción natural, después del desbordamiento de la fantasía que significaba el movimiento anterior.

El Realismo encarna principalmente en el género literario más amplio y universal: el novelesco. Pálidos son los comienzos de la nueva escuela: sus primeros representantes como Fernán Caballero, en medio de aciertos y atisbos maestros, apenas si se atreven a reflejar en sus obras la vida con todas sus tremendas realidades. Vienen luego, don Juan Valera, Clarín, Alarcón, el Padre Coloma, artistas admirables; la Pardo Bazán, gloriosa introductora del naturalismo en España; don José María de Pereda, novelista fuerte, de pura cepa, pero circunscrito, regional. Aparece Palacio Valdés, el insigne novelista. La época moderna y la raza española reclamaban para expresar la totalidad de su sér, la aparición de un genio que fije de manera definitiva sus características y sintetice en su obra la psicología y la civilización hispánicas en todo lo que tienen de sustantivas y eternas.

Galdós genio radical.—Este genio de España, de la raza, fué don Benito Pérez Galdós que nació en la capital de las Islas Afortunadas, y nunca más afortunadas que por esto, el 10 de marzo de 1843; y murió en Madrid el 4 de enero de 1920.

Tenía la virtud creadora que hace a los hombres como dioses, porque dan vida a seres inmortales; y para vaciar sus concepciones se valió, principalmente, del género literario más complejo y vasto: la novela, que, muerta la epopeya, es, como dice Rodó: «*la épica inexhausta de nuestro tiempo, donde cabe todo lo infinito de la imaginación y todo lo infinito de la realidad...*» En el monumento literario levantado por la pluma creadora de Galdós se contiene íntegramente la España del pasado siglo con todas sus grandezas, con todas sus pequeñeces, con todas sus virtudes, con todos sus defectos. El público de España y América devoró los libros de Galdós encontrando en ellos un fiel retrato de su alma, infundida de un anhelo de regeneración, de un afán de progreso, de un ímpetu de ascensión. ¡El espíritu liberal vibrante en los libros del maestro, y la vida española desde Trafalgar hasta el 98, rediviva en ellos, plena de calor humano, contribuyeron sin duda, a desvanecer la leyenda negra y a reconciliar definitivamente a la América Española con la Madre Patria, a las que en realidad lo que separaba era una diferencia ideológica, que persistía a despecho de la unidad étnica, histórica y lingüística. En este sentido, Galdós, que nunca fué a América, que en sus innumerables libros no trató casi de asuntos americanos, ha hecho por la unión hispanoamericana más que una generación de diplomáticos. Esta trascendencia no es sino una resultante de la obra del genio que en su alcance llega a conseguir aún objetivos que nunca se propuso.

Si la entraña de esa obra gigante es la entraña de la raza, su forma que le es consubstancial es la condensación plena del idioma castellano de nuestros días: allí está nuestra gran lengua en todo su esplendor, caudalosa, rica, sazonada y perfecta después de diez siglos de evolución.

Se ha dicho que Galdós no es un «estilista». Claro que no lo es en la significación estrecha que se ha dado en los últimos tiempos a esta palabra, aplicándola sólo a aquellos escritores que trabajan el idioma como con cincel, cual si de un metal precioso se tratara, y con la sola finalidad de labrar una joya; a aquellos que, de los más ocultos meandros del idioma van a extraer como con pinzas las palabras yacentes para ajustarlas a mazo a mosaicos preciosistas; o a los que imprimen a tórculo, en pergamino, con tintas ya no usadas en el idioma, para obtener páginas como esmaltes. Para estos exquisitos señores, el sentido es «una derivación viciosa de la palabra». El vocablo tiene un valor por sí mismo, como elemento puramente rítmico. Pero si el estilo es lo que debe ser, el dominio del idioma, encontrando para cada asunto la expresión insuperable pocos, muy pocos, más estilistas que el narrador emocionante de ***Zaragoza*** y de ***Gerona,*** que el poeta de ***Marianela,*** que el místico de ***Angel Guerra,*** que el psicólogo de ***Realidad,*** que el animador de ***Santa Juana,*** que el apóstol de ***Nazarín,*** que el magno creador de ***El Abuelo.***

Galdós toca todos los registros del idioma como si de un órgano maravilloso se tratara. Sabe de acentos épicos y de coplas populares, de altas disquisiciones ideológicas y de picantes chascarrillos. Hace hablar con asombroso verismo a los personajes más dispares de su hirviente mundo: la Reina habla en Galdós como Reina y el rufián como rufián. Sabe de la solemnidad cardenalicia y de la picardía golfesca. Escala a veces el séptimo cielo de la mística y se zambulle, en otras, en el légamo de los más bajos fondos para pescar la perla preciosa de la picaresca. «*Pródigo sin tasa*—escribió él mismo — *el lenguaje popular salpicado de idiotismos, elipsis y solecismos tan donosos como pintorescos. Yo mismo ignoro el sentir de algunos decires que de continuo inventan y ponen en circulación las bocas madrileñas*».

Y no sólo tocante a Madrid es perfecto el folklore. El gigante de Canarias sabe de las tonalidades, acentos, variaciones y matices que ha tomado la lengua cumbre al extenderse por anchas zonas del planeta. Maneja lo mismo el castellano pinturero del andaluz que el castellano mimoso de los gallegos; el castellano puro de los burgaleses que el castellano catalanizado de los barceloneses; el castellano soleado de los levantinos que el castellano estropeado de los viskaitarras. Se sale de la península su genio idiomático, va al Nuevo Mundo y caza como a pájaros a todos los americanismos. Salta a Africa y nos trae vivito y coleando el castellano aljamiado de los agarenos. Del cercano Oriente trae como un tapiz decrépito el castellano arcaico de los sefarditas. Se lanza a la Oceanía y arranca como un plumajín el castellano de los tágalos. El lenguaje de Galdós es la orquesta suprema del idioma.

César E. Arroyo

(*Seguirá.*)

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Julieta Puente, o como le decimos por acá, doña Julieta P. de Mc. Grigor, ha publicado una interesante novela de ideas y tendencias sociales, de la que extractaremos algunas páginas. Se titula *Voluntad y Redención* y ha salido de las prensas de la imprenta Lines. Está dedicada a nuestro amigo el poeta y animador José María Zeledón, quien, a su vez, prologa la novela y de ella se expresa en términos calurosos. Veamos:

Prólogo

Doña Julieta Puente de Mc. Grigor, es una escritora portorriqueña ya conocida en esta grey de las letras hispano-americanas. Sus libros anteriores, *Almas de Pasión* y otras novelas cortas, la acreditan como fina estilista y como amena fantaseadora, pero no es sino en este libro de ahora que me toca el honor de prologar, que se revelan con toda valentía sus raras dotes de novelista trascendental.

Es el suyo un espíritu femenino dotado de esa vigorosa potencia creadora que parecía patrimonio exclusivo de la masculinidad. Delicada como una copa hecha a escanciar vinos preciosos, y fuerte e incisiva como un acero toledano, la extraña cerebración de esta escritora presenta a la contemplación de los que la admiramos, la dualidad emocionante del arte exquisito haciendo de soldado en la lucha social que engendra las grandes epopeyas del porvenir.

Es su novela de ahora la más acabada cristalización de esa dualidad. El poeta y el apóstol, cual si fueran matices de una bandera bicolor, en ella revelan la pujante acción de su unidad batalladora; y de ambas fuerzas juntas, armónicamente combinadas, brota el chispazo que alumbra con serenidad una de las rutas que el destino tiene abiertas ante el paso tambaleante de la Humanidad.

Estas líneas que la benevolencia de la autora de *Voluntad y Redención* ha querido poner al frente de su libro, deberían ser un estudio y apenas van a resultar un canto. Un canto a la bizarría con que el problema social—tan abstracto y tan múltiple—ha sido abordado en estas páginas de amena narración. Un canto a la brillantez del éxito alcanzado en una empresa que lleva ya consumidos sin provecho tantos vigores apreciables.

A estas horas, y a vueltas de muchos fanatismos filosóficos que tan sólo han dejado su aroma en el búcaro del pensamiento que por breves instantes los contuvo, ya sólo creo en la cultura como único y supremo elemento de redención social; y ante este libro, que es un esfuerzo cultural de primer orden, rindo el tributo de mi comprensión y de mi aplauso.

Lo hallarán pesado los espíritus frívolos que sólo gustan de delicadezas insustanciales y que a la mujer intelectual no conceden otra aptitud que la de producir brillantes bagatelas. Lo motejarán quizás de exagerado al pintar cuadros vivos de la política lugareña, aquellos que desconocen el abigarrado carnaval de nuestras democracias hispano-americanas. Pero su lectura será germinal de múltiples e interesantes sugerencias para esas mentes reflexivas que saben buscar y encontrar en todo documento humano una nueva verdad orientadora.

Estas páginas están pletóricas de vida y de emoción. Emoción y vida que, al desplegar sus ondas sobre la intelectualidad del continente, acaso logren arrancar al alma indo-española las vibraciones del amor, que es la fuerza magna capaz de producir la única igualdad posible entre los hombres.

José María Zeledón.

Con la autora:

Nacida en Puerto Rico, al pasar esta isla a extraña raza sentí dolor, pero no me juzgué sin patria, porque en la América Latina mi alma tenía una más grande y más difícil de enajenar. Y habiendo viajado por Sur y Centro América, fácil me hubiera sido desenvolver la acción de esta obra en cualquiera de esas repúblicas; pero eso habría sido, en cierto modo, establecer separaciones que no cabían en el grande amor y orgullo que siento por todas, conjuntamente. Ya que no puedo abarcar con mis brazos a la Gran Nación de naciones, mi pensamiento estrecha sus unidades dentro de esta labor.

Será, pues, una narración esencialmente criolla, sin separación de banderas. Su escenario es toda la América Latina; porque la feracidad de su suelo se manifiesta con igual prodigalidad suntuosa, desde la opulenta Argentina, a las riberas de las coquetonas Antillas; porque la fisonomía moral de sus pueblos, tiene la misma característica expresión, de frontera a frontera. Y en esta oportunidad, sería imperdonable, aun con la pluma, mutilar su unificación. De sobra tiene ya con que le falte ostensiblemente una de sus fibras en la bella Borinquen.

Así, el hispano-americano que lea esta obra, podrá imaginar que el suceso pasó en su propro país.

El Director-Gerente de la Editorial Voluntad, S. A., una de las mayormente acreditadas de Madrid, nos remite el tomo V de la serie A.—Historia de América, en la Colección de Manuales ***Hispania.*** Titúlase:

Vida y hazañas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, por el catedrático de Historia del Instituto de Cartagena, Andrés Bellogin García. Madrid. 1928.

Se lee con gusto y provecho esta mongorafía histórica. Recomendamos las series de la Editorial VOLUNTAD: Historia de América, Cultura.

Por el PALACIO DEL LIBRO, Montevideo, ha salido esta obra:

El Cantor de Tala. Monografía y crítica de D. José Alonso y Trelles, *El Viejo Pancho.*

Dice el autor, ***Juan C. Sabat Pebet:*** «José Alonso y Trelles de forjó a sí mismo. Es un ejemplo. Presentarselo como tal a los que no lo conocen más que por sus versos, es decir, a la inmensa mayoría: he ahí la finalidad de la obra.»

La generosidad del autor no puede ser más conmovedora y ejemplar. Nos dice en tarjeta anexa:

«Juan C. Sabat Pebet saluda al amigo García Monge y al adjuntarle un ejemplar de su nueva obra, le ruega conocer cuántos ejemplares desea para su venta a beneficio de *Repertorio Americano.*»

Por la Librería Española de Sánchez Cuesta, París, nos llega la última obra del insigne J. Moreno Villa:

Jacinta la pelirroja. Poema en poemas y dibujos de J. Moreno Villa.

II.º Suplemento de *Litoral.* Malaga. 1929.

La Editorial Cenit, de Madrid, prosigue con sus sorprendentes ediciones. Acaba de remitirnos su Gerente, el Sr. Giménez-Caballero, dos títulos nuevos:

Cheng Tcheng: *Mi madre y yo.* A través de la revolución china. Trad. del francés por Antonio Buendía Aragón. Madrid, 1929.

Hermann Kesten: *Un libertino.* Trad. del alemán por Fermín Soto. ***Prosistas extranjeros contemporáneos.*** Edit. Cenit. Madrid, 1929.

Por dos caminos nos ha llegado este folleto:

Juan Clemente Zenea, poeta y mártir. Habana, 1929.

Publicación de la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba.

Discurso pronunciado en la sesión inaugural del curso académico de 1920-30. por el Presidente de la Academia, Dr. ***José Manuel Carbonell.***

La Biblioteca Interamericana ha sacado su tomo VII:

Relaciones de los Estados Unidos con las otras Naciones del Hemisferio Occidental, por Charles Ebans Hughes. Princeton, New Jersey, 1929.

Mr. Hughes puede escribir al respecto lo que quiera; no nos interesa. Es uno de los hombres públicos de la Unión Saxoamericana en quien nunca hemos creído, ni creeremos.

Un libro de que pronto volveremos a hablar:

Relatos nativos de Arturo Mejía Nieto. Tip. Nacional. Tegucigalpa. 1929.

La sección editoral de Historia Nueva, Madrid, se abre campo ante la atención de los estudiosos.

De la serie ***Estudios y Crítica*** es la obra que nos acaba de remitir:

Rafael Calleja: *Voz y Voto.* Madrid, 1929.

Cortesía de los autores;

Alberto Quiroz Hernández: *Zigzag novelesco.* México, 1929.

Rivero Falconi (Rimac 240, Lima, Perú): *Thorax.* Lima, 1929.

Se elogia a Firpo, Dempsey, Plaza, Pinillos, Berisso, Icochea, Lindbergh, y a la mujer moderna.

Lupe Rubin (Popocatepetl 18. Col. Hipódromo. México, D. F.):

Ajenjo y Esmeralda. Con una carta Prólogo de Guillermo Jiménez. Editores, Herrero Hnos. Sucs. México.

Pedro Leandro Ipuche (González Ramírez 1633. Montevideo):

Rumbo desnudo. Monteviedo. 1929.

Ezequiel Padilla: *En la tribuna de la Revolución.* Discursos. México 1929.

Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático.* Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva

de Venezuela. Segunda edición, corregida y notablemente aumentada. Caracas, 1929.

Julio César Ford (Calle Aguilar, 2130. Buenos Aires):

La casa en donde el hombre buscó el amor Buenos Aires. 1929.

La Central de Ediciones y Publicaciones de Madrid, concesionaria para la venta en Librerías, nos remite un ejemplar de:

Mitsou o La iniciación amorosa, novela pasional de Colette. Trad. de Julio Gómez de la Serna. Ediciones ULISES.

Precedidos de un ensayo de Ramón Pérez de Ayala, nos llega un ejemplar de la quinta edición de:

Tres ensayos sobre la vida sexual, por el Dr. G. Marañón. BIBLIOTECA NUEVA. Madrid, 1929.

Sexo, Trabajo y deporte, Maternidad y Feminismo. Educación sexual y diferencia sexual.

Espasa Calpe comienza a sacar unos BREVIARIOS DE CIENCIAS Y LETRAS. Nos llega:

A. Kingsley Porter: *Más allá de la arquitectura.* Espasa-Calpe. S. A. Madrid, 1929.

Señalamos esta revista:

Nueva Revista Peruana. Lima, Nums. 1 y 2 del Año I.

Excelente. La dirigen Alberto Ureta, Mariano Iberico y Alberto Ulloa, a cual mejor de los tres.

Otra revista de primera orden, *La Enciclopedia de Educación*, trimensuario destinado a los trabajos extranjeros que saca la Dirección de Enseñanza Primaria y Normal de Montevideo, en los números 1 y 2 del Tomo V, ha publicado una obra famosa, de mucho interés para los educadores:

Lewis E. Terman: *La medición de la inteligencia.*

Esto sí se llama trabajar en firme en la obra educacional de estas patrias.

La benemérita REVUE HISPANIQUE, compilación consagrada a las lenguas, las literaturas y la historia de los países castellanos, catalanes y portugueses dirigida por *R. Foulché Delbosc* y que se publica bajo los nobles auspicios de *The Hispanic Society of America*. New York, en el tomo LXXXVI. Número 169, reedita esta obra, tan de nuestro gusto:

Fray Antonio de Guevara: *Libro áureo de Marco Aurelio*, según manuscrito del Escorial g. II. 14.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas).

Tablero

= 1930 =

Dos testimonios de aprecio

Miami U.S.A. Diciembre 27, 1929.

Mi estimado amigo:

¡Cuánto le agradezco el envío del *Repertorio!* Ha creado Ud., a fuerza de inteligencia, desinterés y constancia el verdadero órgano de solidaridad intelectual hispano americana. Es para mí la ventana por donde miro, desde mi destierro, el panorama de nuestra América, y un instrumento indispensable para mis clases de Cultura y literatura. Un fuerte abrazo de su colega y amigo,

V. A. Belaunde

Repertorio Americano

Diez años de vida ha cumplido *Repertorio Americano*. ¿Qué lector de *Nosotros*, qué hombre culto de América, no conoce la admirable revista que en San José de Costa Rica, publica Joaquín García Monge? Son muchas las publicaciones de América, inspiradas en un noble idealismo, que nos hacen sentir la comunidad de nuestros destinos; pero en ninguna, ¿por qué no decirlo?, esa pulsación del americanismo consciente de su significado y de las normas ideales que le han de guiar para cumplir su misión histórica, se percibe tan vigorosa y tan cálida. García Monge ha hecho lo que nadie en América, a través de un cuarto de siglo de ininterrumpida labor de editor desinteresado, desde que fundó la *Colección Ariel*, de la cual el *Repertorio Americano* es madura prosecución: juntar en un solo haz todas las inteligencias de lengua española encaminadas al mismo fin: a afirmar como un nuevo humanismo, hecho de la esencia de los principios éticos más sólidamente asentados en los milenios, y de las grandes revelaciones políticas de la edad moderna, que en balde pretende hoy negar u oscurecer la arbitrariedad y prepotencia de algún mandón o la inquietud siempre descontentadiza y la opinión cambiante de ciertos intelectuales. Y eso lo ha conseguido García Monge, editando la más amplia, la más liberal, la más imparcial de las publicaciones, abierta a todas las ideas defendidas con convicción, sinceridad y belleza, tolerante para con todas las opiniones. *Repertorio Americano* tiene un espíritu que no se traiciona, que se descubre con claridad cristalina; sin embargo, no hay publicación donde hierva más variedad de ideas, aun contrarias entre sí. Un fino y alto discernimiento preside a la selección del material, del cual parte es transcrito de lo mejor o más significante que se publica en América y España, y parte es colaboración voluntaria de muy autorizados escritores de Costa Rica y de todo el mundo hispano-hablante. Arte y pensamiento; poesía, educación, política, críticas literaria y social, y animándolo todo, un fervor como religioso.

A nuestro viejo amigo y colega, a quien América debió la *Colección Ariel* y *El Convivio* y otras colecciones no menos preciosas, y ahora *Repertorio Americano*, vaya el cordial aplauso de *Nosotros* en este décimo aniversario de su obra ejemplar.

(De *Nosotros*, Buenos Aires. En su edición de noviembre de 1929.—Las dos manos muy estrechas y en ademán de gratitud, amigos nobles y comprensivos: Bianchi y Giusti.)

La gratitud filial

San José, 17 de diciembre de 1929.

Señor Profesor
Don Joaquín García Monge.
Pte.

Mi distinguido Maestro y amigo:

Por medio de la presente me permito rendir, en nombre de la viuda de papá, de mis hermanos y en el mío propio, las gracias más expresivas por su bello artículo publicado en su valiosa Revista *Repertorio Americano*, referente a la vida de aquel Maestro, todo abnegación, rectitud, carácter y virtud, Maestro que nos honró, a sus deudos, con la hermosa herencia de su nombre. Las palabras generosas de sus discípulos y amigos son flores de gratitud y cariño que derraman sus perfumes sobre la losa del Maestro. En nombre de la familia toda doy a Ud. las gracias por el homenaje que Ud., bondadosamente, rinde a la memoria de papá.

Saluda a Ud. su alumno y amigo y admirador,

Aniceto Montero.

Contribución al estudio de la

Los tipos arqueológicos de Costa Rica se ha convenido en dividirlos en cuatro, de acuerdo con sus zonas de influencia, a saber:

El Tipo de La Isla Zapotera, que comprende a las razas de los indios Corovicíes o Votos y a la de los Nahuas. Estudiando la cerámica de los primeros se encuentran claras huellas de contacto con la cultura del Antiguo Imperio Maya que se remonta a los años 200-600 A. D.; y estudiando la de los segundos se descubre en sus piedras y alfarería, el contacto de la civilización del Nuevo Imperio de los Mayas que floreció entre los años 1.000-1.400 A. D.

El Tipo Bugaba, que comprende la raza de los indios Borucas o Bruncas, que se dividió en las ramas Borucas, Cotos y Quepos, todos de procedencia Sud Americana.

El Tipo Nicoyano, que comprende la raza de los indios Chorotegas, cuya influencia se descubre en este país muy temprano, coincidiendo en tiempo, con las huellas que la civilización chorotega dejó en el territorio maya, durante la época pre-imperial, allá por el año 100 después de Cristo; y

El Tipo Güetar, que comprende la raza de los indios Güetares-Caribes, la que se subdividió en las ramas Viceitas o Talamancas, Terbis, Chánguenas y Guaymies. Estos Caribes eran oriundos de las Antillas, e inmigraron a Costa Rica en época reciente: se cree que hacia el año 1.200 de la era.

La cultura Zapoteca está representada por grandes figuras monolíticas, de las cuales se encuentran ejemplares en la Bahía de Culebra, en la Ensenada de Panamá, en el punto llamado Nacasola y entre los ríos Tenorio y Curubicí, cuya localidad fué el principal antiguo asiento de los indios corovicíes. También en las llanuras de Santa Clara, cerca de los ríos Destierro y Dos Novillos se han encontrado hermosos ejemplares monolíticos de este tipo, y en las márgenes del río Dulay o Dluy, que desemboca en la laguna de Sansan.

En cambio, la cerámica de este tipo es algo pobre, pues es formada de un barro ordinario y carece casi en absoluto de estilizaciones y colores.

Las tribus Nahuas tuvieron su asiento principal entre la Bahía de Culebra y Bocas del Toro, no habiendo duda de que los grandes monolitos pertenecieron a esa cultura.

Hay que anotar, como tema de estudio, que la lengua materna de los corovicíes era la azteca o mexicana y no la chorotega. También, que Vázquez de Coronado encontró en 1564, en Chicagua del valle del Dluy, indios nahuas, lo que indica que la inmigración de ellos a estas regiones fue anterior a la chorotega. Debe anotarse además, que en 1570 los indios corovicíes emigraron al otro lado de la cordillera y formaron en las vegas del Río Frío el pueblo de Guatuso al que se unieron más tarde los indios de Garabito y otros pueblos güetares.

La cultura Bugaba abarcó las regiones de Buenos Aires, el Palmar y Drake, en la costa pacífica de Costa Rica. Este tipo se caracteriza principalmente, por la perfección con que trabajaban sus figurillas de oro y la gran cantidad de ellas que se encuentran en sus huacas, las que en su inmensa mayoría están sin explorar, extendiéndose por ambas márgenes del río Coto y en las mesetas entre Boruca y Punta Herradura.

También es frecuente encontrar dentro de la zona de esta influencia grandes monolitos por el estilo del llamado Buho o Tecolote, que fué descubierto en el Palmar, Río Grande de Térraba, el cual se conserva en el Museo Arzobispal de Costa Rica. Es como de un metro de altura, y simboliza en teogonía indígena, la creación del primer hombre.

Se calcula que los Borucas inmigraron hacia el año 1.000 procedentes de Colombia, y no es de extrañar el encontrar influenciada esta cultura, tan rica en bellas figurillas de oro y en su bien modelada y pintada alfarería, con las toscas figuras monolíticas propias de los Nahuas y Corovicíes, puesto que estos últimos tuvieron su asiento en la costa del Pacífico, en las márgenes del río San Carlos y además, en el río Suerre (Pacuare).

Una de las varias incógnitas que están por resolverse en la prehistoria costarricense, es la procedencia de los indios Corovicíes, pues unos los consideran como pertenecientes a la raza Caribe y otros de origen incierto.

La cultura Nicoyana abarcaba la Península de Nicoya y algunas de las islas del Golfo del mismo nombre. Las huacas de este tipo se encuentran esparcidas por todo Nicoya, Santa Cruz, Liberia y Bagaces; y las más exploradas han sido las de Santa Rita, Cangel, El Sardinal y El Jobo, siendo infinitas las que aun quedan por estudiar.



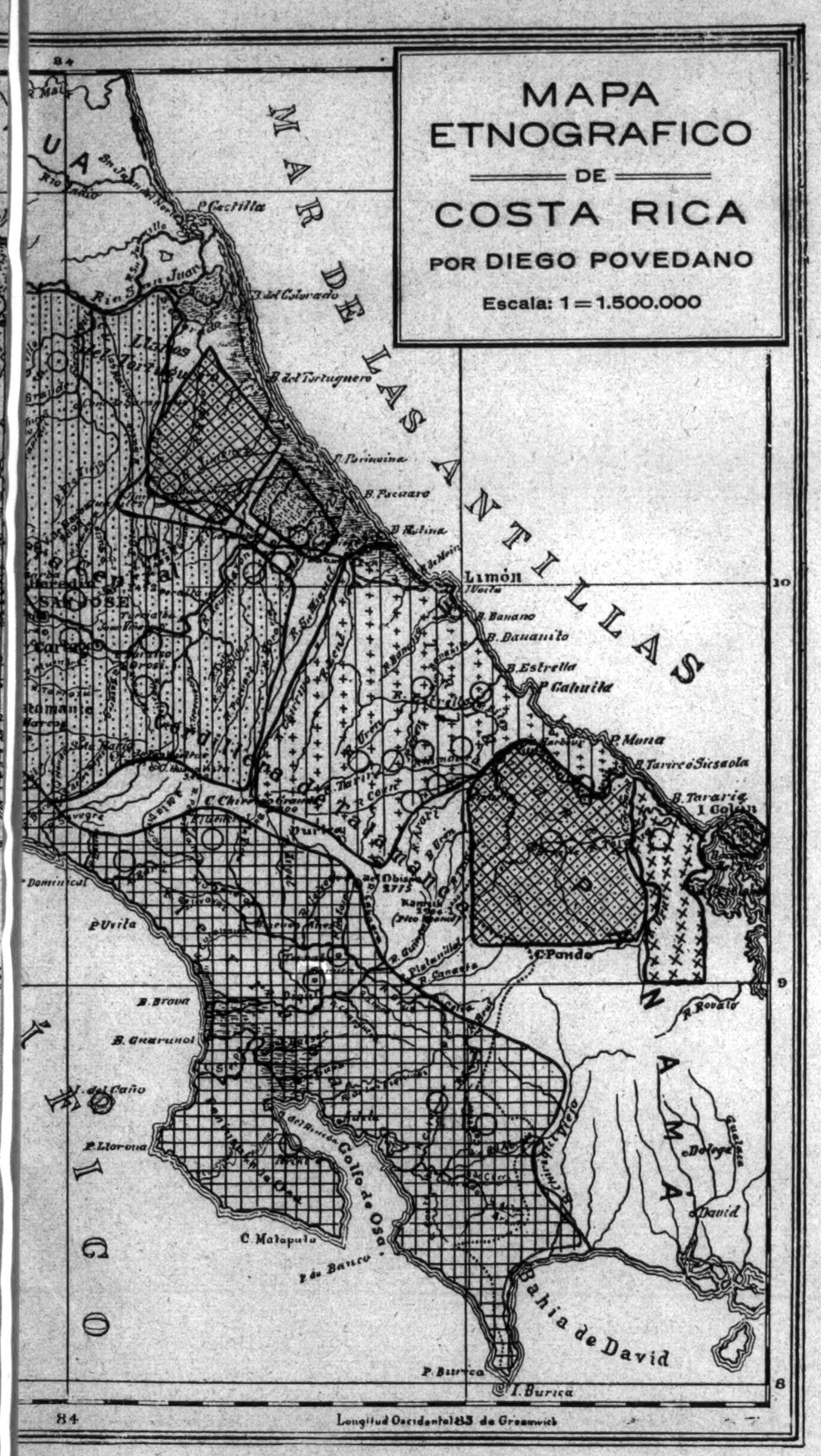
Los objetos de este tipo pertenecían a los Chorotegas o Mangues que se habían extendido por toda la península, dominando también por toda la costa opuesta al Golfo desde Chomes a Punta Herradura, teniendo su asiento establecido en los siguientes puntos: Nicoya, Tempisque (que llamaban Sabandí), Bolsón (llamado Diriá), Bahía de Salinas (por otro nombre Papagayo) Cangel (que llamaban Cangen), Guacimal (que llamaban Chomes), Abangares (llamado Gurutina) y Churuteca, que se denominaba a toda la costa desde Caldera a Punta Herradura.

Los Chorotegas fueron casi exterminados por la guerra que le hicieron los güetares, desde fines del siglo xv hasta 1560, en cuya fecha consiguieron éstos posesionarse de toda la Churuteca.

Los objetos de esta cultura se distinguen de los otros tipos, principal-

e la etnografía costarricense

(Envío del autor)



mente por sus ornamentados metates (del mexicano metlatl, piedra), de forma cuadrilonga y a veces circulares, con tres patas y superficie abarquillada, que usaban para moler el maíz. También se distingue por sus asientos de piedra, por sus columnas monolíticas, algunas de hasta tres pies de altura, por sus elegantes mesas de piedra, con artísticos adornos en los bordes, y a veces, por sus aguilillas de oro con alas movibles y por sus discos del mismo metal. También fabricaban una cerámica notablemente ornamentada y decorada de un estilo altamente artístico.

Los chorotegas inmigraron procedentes de México, hacia el año 1300 de la era, según se cree.

Por último, tenemos la cultura Güetar que tuvo su asiento principal en la costa Atlántica, extendiéndose sus ramas por toda la meseta central y ocupando las siguientes zonas: los Güetares ocuparon las provincia de San José, Heredia, Alajuela y Cartago; los Viceitas o Talamancas toda la provincia de Limón, entre los ríos Chirripó, Estrella y Sixaola; los Terbis, que ocuparon las orillas del río Terbi y la Isla de Tojar; los Chánguenas, las márgenes del río Changuinola y las vecindades de Bocas del Toro, y los Guaymíes de situación incierta.

Posteriormente, los Terbis se fueron extendiendo a través de la cordillera, hasta Esparta, que llamaban Los Quemados, hasta darse la mano con la cultura Bugaba; y de igual manera, los Güetares avanzaron hacia el Atlántico dominando Chirripó, La Estrella, Sixaola, Talamanca, Isla de Tojar y Bocas del Toro, hasta darse la mano con la cultura Nahua.

Por último, esta raza Güetar, que era eminentemente guerrera, dominó hasta exterminarla, a la raza Chorotega, con lo que se hizo prácticamente dueña del país.

Por tal motivo se hace muy difícil determinar fijamente las zonas de influencia de las distintas culturas que predominaron en esta sección del Istmo, pues es frecuente encontrar en las huacas de cada región de Costa Rica, alfarería de varios tipos, y entre ella, algunos ejemplares que se relacionan con los más antiguos de Sud América, tales como Tuncahuán, I de Recuay y Proto-lima, que corresponde a los años 50 antes de Cristo, hasta 150 de la era, mezclados con otras épocas muy posteriores; y a veces, en esas mismas huacas se han encontrado también cuentas de vidrio de procedencia española, unidas a collares de cabecitas de jade.

Los objetos de esta cultura se distinguen por sus aguilillas y pequeños cascabeles de oro; habiéndose encontrado las figuras más perfectas de su cerámica en Agua Caliente (Valle del Guarco), Tierra Caliente, Las Huacas, faldas del volcán Irazú, Pascón y varios puntos de Turrialba y Atirro; Puriscal, Santa Bárbara, Heredia, Alajuela, Sarchí, Grecia, Escasú, San Juan, San José y Curridabat, llamado Culapán.

Las culturas Bugaba y Nicoyana descollaron por su adelantada técnica en la cerámica, por la bella elaboración de sus pequeñas piezas de oro, y sobre todo por la admirable factura y perfecto pulimento que daban a los pequeños ídolos de jade y de piedra, y a sus hachas de armas de tan variados estilos, y a la infinidad de otros pequeños objetos, tales como pescados bicéfalos y múltiples representaciones de animales. Es de notarse la habilidad que tenían para taladrar los objetos de piedra diorítica y de jade. A un canuto de diez centímetros de largo le hacían una perforación en toda su longitud, de dos milímetros con absoluta perfección.

La cultura Nahua, en la factura de sus ornamentos y grandes figuras monolíticas, marca una diferencia grande con las dos anteriores, por carecer casi en absoluto de pulimento.

La Güetar es la línea intermedia entre los demás tipos de Costa Rica. No alcanza ni con mucho la grandiosidad de la Nahua, ni llega a la perfección ni refinamiento, ni al bello colorido de las culturas Bugaba y Nicoyana.

Los colores usados en su alfarería por los Bugabas y Nicoyanos comprendían el amarillo, blanco, rojo y marrón, y en la de los Güetares predominaba el color natural rojizo del barro, y otras veces dejaban el color natural como fondo, usando para sus adornos el amarillo claro y el negro. Sus pinturas las obtenían de arcillas de varios colores llamados curio (bol arménico).

Los Borucas y Nicoyanos propendían en sus vasijas a las formas globulares y a veces a las caliciformes y frecuentemente imitaban animales, pájaros y pescados en tal forma que adaptaban las líneas de las vasijas a las formas del cuerpo de dichos animales. También adaptaban esas formas a la confección de instrumentos músicos de tres o cuatro notas.

Los ídolos los elaboraban en piedra o jade (véase amuleto de jade, lámina primera), siendo de notar, que a la cabeza le daban forma como de mitra egipcia, colocándole los brazos cruzados sobre el pecho, y terminando la figura con un largo faldón que le oculta los pies.

En la lámina segunda observamos la representación del «Mal espíritu llevándose a un niño», llamado *el bi* (diablo). Pertenece a una huaca nicoyana; y la figura que representa al «Gran Espíritu llevándose a un indio», pertenece a una huaca bugaba, y es una pequeña variante de la misma teogonía india.

También de procedencia nicoyana es la figura que llamo Idolo de barro, y que parece representar la caricatura de un cacique.

En la lámina tercera observamos un Cascabel de oro de

huaca bugaba, que era usado por los sukias (sacerdotes) en sus fiestas públicas o religiosas para ahuyentar a los malos espíritus.

En la lámina segunda vemos dos mazas de guerra: la de la izquierda es de huaca nahua y la de la derecha nicoyana, viéndose en ellas claramente marcadas las variantes de ambas culturas.

El aguilucho que aparece a derecha e izquierda de la lámina primera, es de Nicoya y es una perfecta ocarina de cuatro notas armoniosas. Lleva pintado en el vientre un disco solar en rojo, amarillo y negro, e igualmente tiene ornamentadas las alas, la cola y la cabeza.

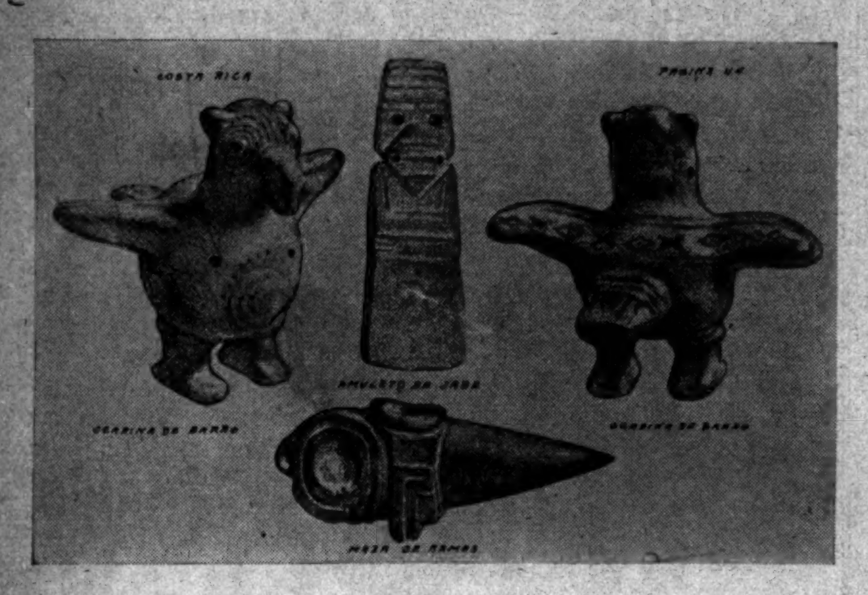


Lámina 1.ª

En la misma lámina, la Maza de armas es también de huaca nicoyana, tiene un pulimento bellísimo y un perfecto acabado.

El Sonajero de la lámina tercera es de barro de procedencia nicoyana y era usado por los sacerdotes en sus fiestas religiosas. La figura de la misma lámina, llamada Silbato doble, es de una factura y material desemejante a todos los otros tipos de cerámica de esta región. Está hecha con un barro negro y el perfil de la cara del indio es completamente maya. Aunque encontrada en huaca nicoyana se puede clasificar como chimú. Las dos figuras de indios de la misma lámina son de actuales talamancas. El Disco de oro de esta misma lámina, es de procedencia bugaba: en la parte alta del círculo central, aparece al realce una corona de siete puntas, e igualmente en realce están hechos todos sus adornos. En la parte superior tiene dos agujeros para poderlo sostener del cuello del sacerdote, el cual representaba entre esos indios al Dios Sol.

En la parte superior de la lámina cuarta vemos el amuleto de jade, que representa una cabeza de pájaro, el cual era usado por las madres, para que sus hijos próximos a llegar, fueran buenos cazadores; y el Amuleto de jade de la derecha, que tiene forma de cruz, era usado también para prevenir ciertas enfermedades. Ambas figuras pertenecen a huacas nicoyanas. La figura central de esa lámina, al igual que el silbato doble de la lámina tercera, debe ser chimú, pues el color negro del barro y su factura original es totalmente distinta de la cerámica de esta región. Hay que anotar las cabezas de águila que lleva sobre las alas, al igual que las típicas garras, que indica su origen maya, pero a la vez debe estudiarse las estilizaciones en forma de grecas que lleva en las alas. El águila de oro de la misma lámina es de huaca bugaba: tiene un perfecto acabado, sobre todo en la parte de la cabeza con sus ojos en realce y varios anillos en el cuello, y como corona lleva un capacete con una perfecta cruz calada.



Lámina 2.ª

La lámina quinta representa, a la izquierda, un ídolo de jade de huaca nicoyana; y a la derecha, una preciosa mesa de piedra, del puro tipo Nicoyano, encontrada en la parte de la Corotega.

Los dos ejemplares de la lámina sexta, representando dos vasijas con adornos de animales, tienen bellísimas pinturas ornamentales y estilizaciones perfectas, habiendo sido encontradas en huacas nicoyanas.

Las figuras comunmente reproducidas por la cerámica Bugaba y Nicoyana son las tortugas en forma de recipiente, y en cuanto a los dibujos ornamentales, el que más frecuentemente se encuentra en dichas culturas y que puede considerarse como tipo es el que aparece en la figura sétima.

Walter Lehmann en su *Die Archaelogie Costa Ricas* describe el estilo de «El Viejo» (Costa Rica), como el que posiblemente originó todos los estilos Sud Americanos. Dicho estilo lo atribuye a los Corovicíes, Votos y otros, predecesores de los Guatusos, y supone que dicho tipo haya sido la fuente de la cerámica arawuaca-centroamericana.

Contra esa teoría hay que anotar, que el estilo «El Viejo» no es un tipo nacional, puesto que se encuentra también en Nicoya, siendo más bien una derivación de estilos más antiguos nicoyanos, que eran contemporáneos en parte, con los primeros de los totonacos.

Eduardo Soler, en su *Die Teotihuacan-Kultur des Hochlandes von Mexico*, trata de probar, que las civilizaciones costeñas mexicanas eran derivaciones de la tolteca de Teotihuacan; lo que daría por resultado, que esta civilización habría que reconocerla como la progenitora de todas las civilizaciones centro y sud americanas.



Lámina 3.ª

Cálculos muy acertados comprueban, que la civilización Tolteca floreció entre los años 200 a 600 de nuestra era; que su renacimiento tuvo lugar hacia el año 700 de la e. v., y que su derrumbe definitivo fue unos tres siglos y medio después de esta fecha. Pero como dice Max Uhle, teniendo el estilo tolteca raíces totonacas y las civilizaciones totonacas raíces mayas; las formas desarrolladas de un estilo tolteca no pueden haber precedido a los estilos totonacas y mayas, como debería haber sucedido bajo el supuesto de Soler.

Se ha comprobado la derivación de una civilización de tipo algo superior en el área centroamericana y mexicana, como proviniente de la civilización arcaica maya.

En el antiguo territorio chorotega, que comprendía parte de Nicaragua y la península de Nicoya, se reunieron elementos de la civilización totonaca con la chorotega, formando un nuevo tipo que se distingue en las estilizaciones de su cerámica, por la combinación de las características chorotegas con los adornos en forma de «palma» propios de la totonaca.

Fue por consiguiente, en las vecindades de Nicoya donde se produjo ese matiz de civilización totonaca que después invadió con su tipo mayoide parte del Ecuador y Perú, en el que se nota claramente los elementos totonacas y chorotegas.

La cerámica protonazca se parece mucho a la nicoyana, y a su vez, la protonazca corresponde a un tipo de civilización mayoide más antiguo.

A su vez, la protochimú, con su riqueza en alfarería plástica, debe haber pertenecido a una época más moderna, siendo una segunda co-

rriente de influencia que emanando del país Maya tomó su curso al de los Zapotecas. Esta civilización mayoide protochimú debe haber tenido su origen en el Oeste de Guatemala y el Salvador, en un tiempo en que los tipos mayoides antiguos habían caído en desuso, según opinión de Uhle y otros.

La teoría de que los Toltecas fueron los iniciadores del gran desarrollo de las civilizaciones americanas, apesar de haber estado tan en auge entre los etnólogos, no debe ser aceptada, visto que en el campo sudamericano no se descubren actividades toltecas, y además, porque una raza como ésta, de tan poco genio original, hubiera sido incapaz de desarrollar culturas tan privilegiadas como se observa en ese territorio.

El barón Erland Nordenskiold ha descubierto en Moxos vestigios de alto interés para la prehistoria americana. Dice él, que los vasos trípodes faltan en absoluto en la Argentina, son raros en el Perú y

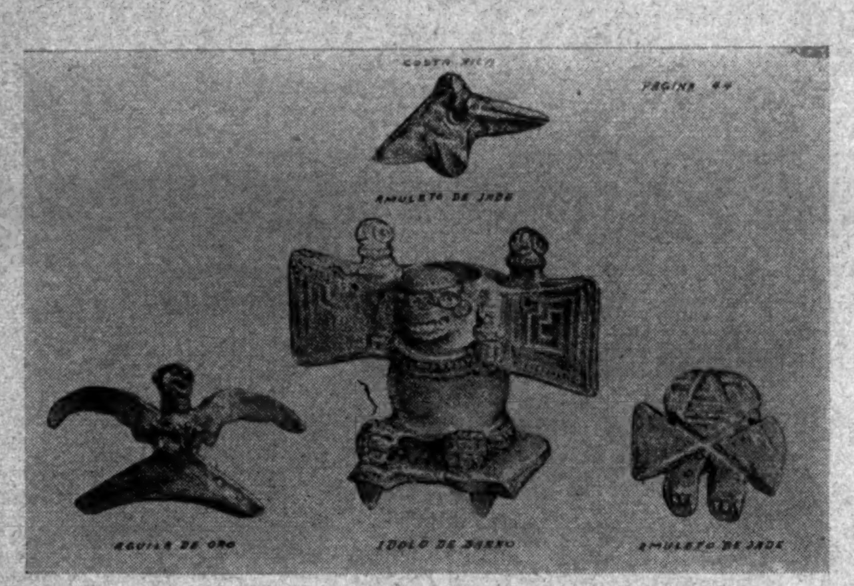


Lámina 4.ª

Brazil, son muy frecuentes en Centro América, y algo menos en México, en el sudeste de Estados Unidos y en el valle del Missisippí y muy raros en la Florida; y siendo esta cerámica trípoide muy desarrollada en Moxos, se indica claramente un influjo septentrional. (Nordenskiold páginas 310-312).

Las manos de moler, con asa en forma de U invertida son desconocidas en la América del Sur y las hay de piedra en Costa Rica y de barro en el valle del Missisippí (Veáse Hartman).

De todo lo dicho se desprende claramente, que las Repúblicas de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá y una parte del Ecuador, formaban, por su alfarería y objetos líticos, una sola familia completamente distinta del resto de la América prehistórica.

Ahora, estudiando la etnografía sur-centroamericana bajo el punto de vista de las lenguas, vemos, que la diversidad de idiomas aborígenes que se hablan en esa región es muy compleja.

Los idiomas de los Guatusos. Guaymíes, Güetares (Quepos, Suerres y Botos), y los de los Bribris (Cabécares, Cotos y Térrabas), pertenecían a la gran familia Chibcha y a los grupos Talamanco-Barbacoa



Lámina 5.ª

o al Dorasco-Guaymí. De tal manera, que casi toda Costa Rica fué chibcha, salvo los enclaves nahuas de Bagaces, Sigua, el Desaguadero, la provincia chorotega del Pacífico y algunas otras excepciones.

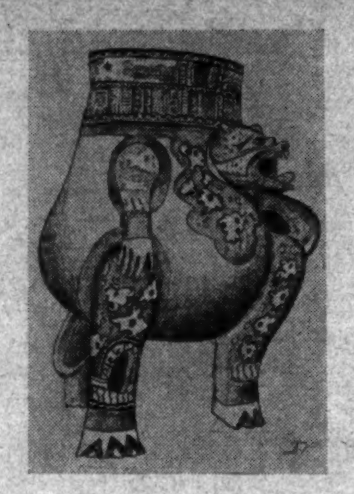




Lámina 6.ª

Los Pipiles, Nicaraos y Siguas hablaban un idioma nahuatl y ocupaban parte de la costa del Pacífico, desde Soconuzco (México) hasta Nicoya (Costa Rica) y avanzaban hacia el Atlántico hasta Panamá.

En la ribera pacífica, desde el Golfo de Fonseca hasta Nicoya, se hablaban las lenguas de la familia Chiapaneca, que eran el Mangue, el Dirián y el Orotina, con excepción de los enclaves nahuas y el territorio de los Subitiabas. (Véase Thomas and Swanton páginas 72-96; Lehmann páginas 687-749; Pimentel páginas 451-474 y Beuchat et Rivet página 94).

Los idiomas Talamancas y los Barbacoas tienen un estrecho parentesco (véase Beuchet página 533), y esta íntima unión entre las lenguas del Sur de Centroamérica con el Cayapa-colorado, que también pertenece a la gran familia chibcha, coincide con la unidad de su arte cerámico.

Según parece, los Cayapa-colorados, en tiempos antiguos se separaron de sus próximos parientes los Talamancas, e inmigraron hacia el Mediodía, llevando al Oeste de Sud América los adelantos que ellos habían recibido de la cultura arcaica mexicana. (Veáse Jijón y Caamaño—*Los aborígenes de la provincia de Imbabura*, página 163).

Espero que estas someras referencias sobre la etnografía costarri-

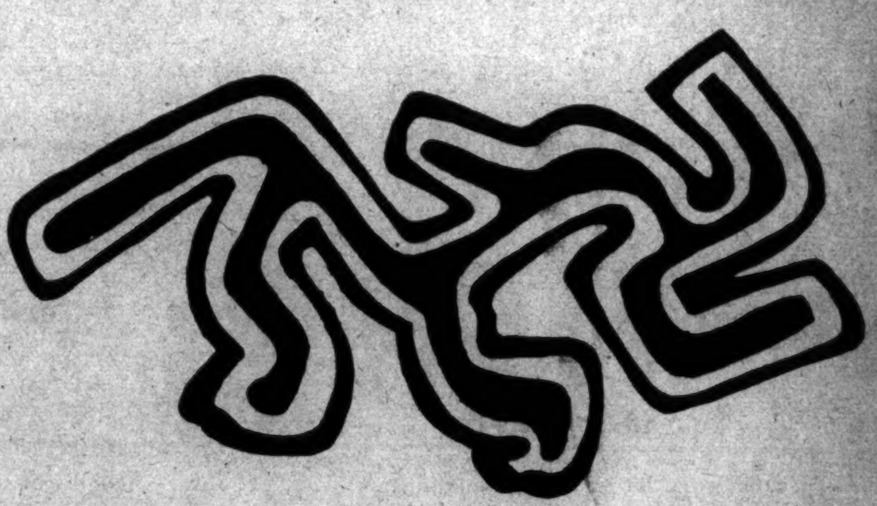


Lámina 7.ª Tipo del arte Bugaba y Nicoyano

cense servirán, para que otros con más méritos científicos hagan sus debidos reparos y entren en más profundos y detenidos estudios sobre esta materia tan interesante.

Estoy preparando una segunda parte de este trabajo que comprenderá el desarrollo de un plan para la formación de los *corpus* que han de servir para la clasificación científica de la cerámica y artefactos líticos correspondientes a la prehistoria de Costa Rica, siguiendo el sistema del arqueólo inglés Petrie, que tan magníficos resultados le ha dado en sus estudios de egiptología.

Diego Povedano

Octubre, 1929.

Poemas de Federico Manso

Nos place hoy presentar a un poeta nuevo de Chile: Federico Manso (nombre supuesto).
Nos envía estos poemas su buen amigo, LEONARDO SOMBRA *(también supuesto).*

Dice Leonardo, desde Santiago de Chile:

...Y si hoy salgo de mi retiro silencioso enviando mi palabra, tímidamente oculta dentro de este sobre, por toda la longitud de América, es para llevarle—ahora sí con los brazos en alto—el nombre y el espíritu de un adolescente, alma de selección, nuevo cofrade de la santa cofradía de la Belleza.

Federico Manso, un muchacho, casi un niño, debe ser ya pregonado por el mundo intelectual de nuestra América. Los finos quilates de su obra autorizan para hacerlo. Sea Ud., don Joaquín, el que con sus nobles manos tire la cuerda que ha de hacer vibrar los bronces del campanario más alto y más bellamente luminoso de nuestra tierra americana, anunciando la aparición de un nuevo poeta, la llegada de un nuevo hermano, el Benjamín, de la santa cofradía de la Belleza. Sea, pues, nuestro *Repertorio,* campanario sonoro y luminoso, el pregonero de Federico Manso.

Sentimos un gusto especial en tenderle la mano a estas almas adolescentes de nuestra América, que en nosotros creen y que nos buscan. Comprendamos, sirvamos, honremos a estas almas nuevas, limpias, con sinceras inquietudes de belleza; hoy, como antes. Pero digamos también que nos hicieron daño algunos mozos de sombríos designios que a veces se nos arrimaron y de nuestra benevolencia disfrutaron. Y que los hay así, por desgracia, ¿quien lo dudaría?...

Puerto

En las piedras cuadradas de los muelles
donde los marineros dejan su promesa,
yo estuve alguna tarde.

Las grúas se gibaban
en una dolorosa canción de nostalgia.

Los lanchones grises —aburridos siempre—
cómo el libro entre mis manos.

Bostezo de las chimeneas
en espirales largos.

Hay una vieja tristeza
anclada en la negrura de los puertos,
por la tarde.
Los barcos se han ido.
Todo quisiera alejarse...

Y el agua llora donde estuvo amarrada
la sombra de los barcos.

Oscurece.
Hombres de rostros fatigados
cantan.

—Angustia de alejarme—

Silenciosa y triste
la negrura de los puertos en la tarde.

Marinero

Tu canción se ha quedado rezagada
junto al humo de las chimeneas.
Las gaviotas que se enredaban
en los mástiles
eran como los últimos besos
desde tierra.

Otro sol. Otro país. Otras mujeres.
Tú siempre serás el mismo, marinero:
tristeza de andar errando
y no tener el calor del mismo seno.

Cantas.
En los puertos lejanos,
desciendes con ojos curiosos
y ansias de emborracharte;
al fundirte en caricia bestial
con otras hembras,
piensas que acaso sea la misma
que dejaste.

Después al mar.
El sortilegio de las aguas profundas
te navega en el alma.
Jugaste con barquichuelos de papel
—y no sabías nada—

Ahora:
te llama el océano
desde la voz ronca de sus tempestades
desde las llanuras inmensas
desde las velas henchidas de las naves.

Y vuelves.
Siempre vuelves.
Tarareando la misma canción marinera.
—Mientras las gaviotas se enredan
en los mástiles—
como los últimos besos
desde tierra.

Mañanita

El día se ha vestido con plumas de canario,
tímidas se derraman en los cerros.
En las calles solas, como mujer abandonada,
las acacias desvisten sus olores tiernos.

Por el camino de luz
van galopando risueñas las campanas
y despiertan
la cachimba soñolienta de las fábricas.

Los tejados se desperezan
en los palos de las antenas,
y en el pestañeo de postigos
se filtran miles de plumas de canarios.

Por la calle me voy con los zapatos dormidos.
La brisa esmerila sensaciones en mi rostro.

Un tranvía
—piedra que cae en la laguna—,
pasa por el silencio de la calle larga.
Como corpiño de mujer,
me oculta una tibieza la cortina blanca.

Romancillo a las noches de luna

(Envío del autor)

Ven, amada mía
de los ojos negros,
y en las noches claras
juntitos soñemos.
He leído en libros,
en libros muy bellos,
escritos por hombres
de soñar enfermos,
que al amor que presta
la luna destellos
no se olvida nunca:
es amor eterno.
Ven, amada mía
de los ojos negros,
y en las noches claras
juntitos soñemos;
te diré las penas
que llagan mi pecho,
te diré que te amo,
con mis labios trémulos.

Gervasio Espinosa.

Buenos Aires, Dic. 1929.

Los pulmones se agrandan.
Tengo una potencia en las manos
que no quieren caerse a los bolsillos.
—En la grúa de los hombros
un maravilloso porvenir imaginario—.
La nariz va dispersando moléculas tibias—
invisibles plumas de canario.

3.

Hora de las moscas en los vidrios
y de los relojes estúpidos.
Las cosas se miran atónitas
e indecisas.
quisieran hacer algo y no se atreven.
Parece que Alguien
tuviera una mirada dura
sobre todo
y nada se atreviera a moverse.
Bostezo enorme
se abre en las ventanas.
Los brazos de los sillones
querrían espantarse una mosca.
Nada.
Todo permanece triste y quieto
como la mirada de los hombres
enfermos.
Un diario desmayado
en una mesa.
Hora de las moscas empecinadas
contra los vidrios.
El silencio se acomoda
entre las gradas de la escalera.
Una mujer teje
un vestido rosa al nene,
se aburre
porque se equivoca siempre
al contar los puntos,
el tejido cae silencioso
al suelo...
Una. Dos. Tres campanadas.
¡Hora de los relojes estúpidos!

Goteras...

Estar pensativo, no quiere decir precisamente, estar pensando algo.

La mayor oportunidad de muchos actos proviene de su desoportunidad.

Porque el champagñe es un licor caro, se idearon copas especiales donde servirlo; pero... las copas resultaron más caras que el champagne.

Los estúpidos son como el papel secante; escuchan algo, lo asimilan en forma borronienta y luego lo repiten al revés.

Ese borracho alegre, divertido, que dobla su cuerpo en un equilibrio inverosímil, no cae al suelo porque va afirmado en su optimismo.
Sería absurdo ver a un optimista derrotado por la ley de la gravedad.

¿No se ha fijado Ud. en la playa, en esos señores gordos, enormes como boyas, que se bañan agarrados al cordel?
Tienen la ilusión petulante de que podrán irse a fondo algún día.

Si a un hombre inteligente se le pregunta su opinión sobre las mujeres, contestará una tontería... precisamente porque es un hombre inteligente.

F. M.

Santiago de Chile 1929.

La leva

A Carmen Lyra

La tarde como una cáscara de naranja se envolvía lentamente perfumando el cielo. Bajaba la noche de los cerros y el horizonte levantaba la cola encendida como una vaca del estero. Naticha y yo recorríamos las calles sombrías que se alargaban en el ladrido de los perros. Las casas coloreadas con las vidas de los pobres, nos salían al encuentro mordiéndonos. En nuestro grito subterráneo identificábamos las caras llorosas de los niños obreros, que como nosotros, en sus ojos reventaban flores de la verdad y de la justicia.

Era época de leva, sólo se veían transitar por las cuadras, ancianos y niños hambrientos de ojos miserables, reflejados en los baldes de agua que conducían para la casa, donde a veces nadaban las estrellas. Los jóvenes estaban ausentes, mirando desde el monte la ciudad triste donde las chimeneas de las fábricas llueven el grito de las máquinas. Los niños tenían grande el alma, como hijos de los obreros. Aquellos únicos hombres que construyen el porvenir de los pueblos, en las minas, fundiciones, fábricas. La fuerza de ellos irá como un canto marcial en el calendario insurgente de estos años y los niños, como si comprendieran su porvenir, se erguían como los árboles ecuatoriales.



Madera de Amiguetti

De las casas aplastadas por la noche, salía agriamente un denso olor femenino, untándonos el paladar el azúcar quemado para el café. En la cantina de don Paco se reían como si estuvieran llorando. Eran los soldados y las soldaderas que se habían reunido para beber. Las mujeres, boca abajo, vomitaban mostrando las piernas resecas y los fustanes con grandes manchas rojas de sangre. Los soldados del Regimiento 3 tenían fama en nuestro pueblo de ser hombres malos. Los soldados en la cantina lloraban, cayéndoseles los mocos en los bigotes uniformados. Sus cantos eran de la tierra, y tan hondo les tocaba el corazón que a cada verso suspiraban.

Naticha no comprendía nada de la vida, y miraba con asombro de niño que descubre por primera vez el principio de la vida en el cuerpo de la soldadera. Se empalideció y le creció la boca como si quisiera gritar, sus ojos se salaron de lágrimas, y se abrazó de mí tan fuertemente que sentí su corazón en mis labios, y me dijo en el oído como si tuviera grande experiencia —odio a los hombres!—¿Por qué las mujeres miserables son despreciadas por la sociedad?—¿Todas las mujeres no son iguales? —La sociedad! —donde los hombres se odian y los pueblos son enemigos entre sí. Ah, el hombre, cartel de la civilización capitalista odia a la humanidad. Esa mujer, esos soldados, los obreros, los campesinos, nosotros, somos hermanos con un solo destino y un solo enemigo que vencer. Sí, nosotros nos sentimos hijos de la mujer. Como amamos a nuestras madres, amamos a todas las mujeres. La revolución hará de cada una de ellas una madre y el principio de la vida se dignificará. En sus vientres se fecundará el porvenir, la génesis de una mejor vida, y el hombre será como la naturaleza que se da a todos. Los otros no pueden comprender. Burgueses. Son todos como mi padre, que la vida no les da otro placer que el sexual. Y el odio al prójimo es la negación de su propia vida.

Nunca supe entender por qué papá era como todos los hombres, de una sociedad corrompida, que cuando sacian el instinto animal, se convierten en enemigos de ellos mismos y asquean a la misma mujer conque se han servido. Mamá tenía una tristeza tan grande que se envejecieron sus ojos, tan brillantes que nos abrazaba en sus miradas, tal vez comprendiendo que éramos hijos de ese hombre. Cuando papá llegaba de la finca reventaba de cariñoso, el bigote le temblaba como si fuera de resorte, abrazaba a mámá y cubriéndola de besos se la llevaba a su cuarto. Después... todo era sombrío que ni sus palabras tiernas de mujer dulce, penetraban al corazón curtido de este hombre. Así nacemos los hijos. Mi madre como una rosa silvestre deshojaba su ternura a los años de mi padre como si fuera un hijo desolado y triste. ¡Pero papá no es triste, es como todos los hombres de su sociedad, repugnantes en su alegre orgullo de machos, y no tienen otro designio que la explotación del prójimo. Mi padre es de una alegría campechana delante de la mujer; ah, en cuanto toma confianza las asquea y les dice:—Vosotras sois unas perras—. Seguramente no vió jamás este espectáculo de la vida en su más cruda realidad —y me mostraba a la mujer tendida en el piso húmedo de la cantina, donde había abierto las piernas como un puente. Luego siguió diciéndome: —La civilización se pudre. Para qué el hombre busca a la mujer, sino para humillarla y su contacto es la muertte. De este amor indisoluble, porque así lo quiere el Dogma Eclesiástico, nacemos nosotros como hijos del hombre y de la mujer. Cuándo seremos solamente hijos del amor!

Los soldados cantaban, bebidos como unos odres, una canción del barrio que empieza:

> Mañanita de pimpinela
> despierta en el cuerpo primaveral
> de esta mujer de canela,
> fina como el más lindo animal...

Y zapateaban sobre el piso como unos condenados, haciendo sonar los dientes igual que si estuvieran cortando hierro o masticando las botellas, hasta que un soldado moreno de ojos tártaros se puso al hombro a una de las mujeres que le chorreaba un hilo de sangre por las piernas, tras de él salieron los demás, para perderse en la noche, hacia los matorrales del río. Sólo sentíamos los pasos fuertes de los soldados de zapatos claveteados. La luna se dibujaba en el cielo como una gran lentejuela y alborotaban cornetas y tambores por el centro. Allá corrimos. Eran los conscriptos que traían de los campos. Indios jóvenes, amarrados de los brazos unos contra otros, custodiados por hileras de soldados armados. Los tambores y las cornetas despertadoras de las guerras perforaban las ventanas de las casas donde aparecían hermosas cabezas de mujeres, que al verlas los conscriptos gritaban —viva el Perú!— y cuando querían levantar las manos sin acordarse que las tenían amarradas, se sentía un grito sordo de dolor. Tras de los conscriptos venían las madres, las esposas, con grandes atados, la cama y la comida para los mozos cazados en el campo, en los bosques donde se ocultan como los pumas durante los meses de la leva. Estas mujeres han llorado día y noche y no pararon de llorar hasta que el tren rompió con su pito la marcha hacia la capital —el infierno de los condenados— haciendo alto en todas las estaciones del trayecto sin que los conscriptos dejen de lanzar voces patrioteras —viva el Perú, carajo!

Las mujeres que regresaron solas a sus estancias, vieron secarse la siembra, sin manos de hombre que la riegue. En la tierra insurge la vegetación. Los animales se pierden. El gobernador y el cura caen sobre ellos. El hambre dibuja su cara fiera en los hogares; pero no dejan de pagar diezmos y primicias a la Iglesia. El gamonal que vigila como buen ladrón se roba la tierra, y los hijos de éstos violan a las muchachas.

Naticha, un día me volvió a repetir —odio a los hombres— Yo no podía comprender sus palabras —odio a los hombres— por qué? Si el cura en la clase nos dice que Dios todo lo dispone. Es que no podemos odiar a Dios? Me daba vergüenza preguntar a Naticha, porque él sabía más que yo. En las noches asistía a un club de obreros, donde son líderes un sastre que le hace el traje a mi hermano y un brequero del ferrocarril andino. Allí se plantean problemas serios y profundos sobre el proletariado. Es el laboratorio del porvenir del pueblo, según me daba a entender Naticha. Allí se decía que los capitalistas se dicen ser los hombres y nosotros trabajadores, obreros, nada más que obreros. Sí, tal vez por eso Naticha odiaba a los hombres. Aún recuerdo que me decía —no se te hace que en el mundo todos somos hermanos, y que tenemos un solo enemigo: los capitalistas? Yo nada comprendía, a pesar de que el profesor nos decía que la guerra la hacen los capitalistas. No hablaba de la plus valia, de la sobre producción y no sé que tantas cosas más. Lo que dice Naticha debe ser cierto, por eso le admiré siempre, porque además, creé en los obreros. Cuando los obreros lo dicen es porque tienen razón. Ellos nunca mienten en el Club, donde Naticha es bien recibido. El hizo que me sienta un átomo obrero de la gran maquinaria proletaria del mundo. Este orgullo no cabía en mi imaginación adolescente. Cuando en la escuela me preguntaban —cómo se llama amigo?— respondía —Obrero. Vuestro camarada. Evidentemente, yo aprendí mucho al lado de Naticha, y cuando murió mi padre, mamá nos llevó a un caserío pobre donde los niños crecen raquíticos. Si no fuera por el clima y su cielo tónico, no habría un solo habitante, desde entonces no he visto más al camarada Naticha.

La Punta, así se llama el caserío donde vivimos varios años. Tiene un teniente gobernador, su párroco, su teniente alcalde, su maestra (mi madre) su juez y el amo, el señor feudal don Alfredo Alonso, natural de España. El caserío no era pequeño. En las fiestas de Corpus se llenaba la plaza. Todas las autoridades residen en la casa de la Hacienda *Colombine*, que mide las 3/4 partes de extensión que tiene el pueblecito. La inseguridad de mi madre por conservar el puesto de maestra, recurrió al compadrazgo. En virtud de este acontecimiento tenía las puertas abiertas de la casa, donde le ayudaba a la señora a ordeñar las vacas, y yo a ponerme listo con las terneras que balaban como niños. La madrina Katita hacía personalmente la merienda —diciendo que había que ahorrar los centavos— lavaba y planchaba la ropa del marido y de los niños que se educaban de internos en la capital, a donde les enviaba la ropa limpia a 345 kilómetros de tren. Luego, muy de madrugada entregaba las herramientas de labranza a los operarios y recibía personalmente en las noches.

A la entrada de la casa de la hacienda está el escritorio del señor, comunica con el dormitorio matrimonial. Una hermosa cuja de metal amarillo con piezas de nácar, colchón y sobrecama de finísima seda, un tocador de ébano lleno de frascos con perfumes, un ropero con vidrio biselado, las ventanas y las puertas con cortinas blancas. Al patio da una ventana que nunca se cierra para que todo el que entre se deslumbre con su lujo; pero allí no duerme don Alfredo y madama Katita, el que hacen uso lo tienen cerca de la despensa, mucho más pobre que el de mi madre —había que ahorrar los centavos.—

Don Alfredo tenía mucho que hacer en la provincia. Vigilaba sus casas que construían la gente de la hacienda, llegando siempre muy entrada la noche. Los de casa tenían que esperarlo en pie. Cuando llegaba todos se confundían, como las gallinas cuandó vuela un gavilán. Unos le agarraban la brida del caballo, otros le besaban las manos, y corrientemente al bajar de su caballo se le escapaba un eructo con olor a cerveza que a madama Katita ya le era familiar. El mayordomo no podía irse antes de que llegue el señor. Una noche don Alfredo llegó a las 3 de la mañana, más bebido que de costumbre —Katita— decía —no te enfades. Mira que llegó el nuevo subprefecto de la provincia. Un caballero, un hombre decente. Si, Katita, vale la pena que tú lo conozcas. Le invitaré a que coma con nosotros; sacrificas uno de tus pollos, qué vamos hacer. Mira tú, si no será un caballero. Esas 200 cabezas de ganado vacuno que requisaron del pueblo de Colca, arrancados de los campesinos para eximirlos del servicio vial, me los vendió en 6000 soles. Ahora dime, Katita, si tengo razón o no —decía —besándole la nuca algodonosa —si no es un caballero por sus cuatro costados! No es verdad, Santiago! —Suerte tuvimos que no haya llegado el ganado estando el otro subprefecto. El negocio habría fracasado, no se hubiera podido hacer ni por el doble. ¡Si cada ladrón que nos mandan! —exclamaba —Este sí es un verdadero caballero. Digno servidor de nuestro mandatario. Luego, después de mirar lascivamente a Katita, ordenaba a Santiago a destapar cerveza que guardaba en el ropero. Bebió hasta que se le torcieron los ojos, como ombligo de obrero de cantera, y cuando se disponía a salir, Katita le decía con dulzura castellana: —Alfredo, dónde vas en ese estado! — Caray! Cuántas noches hace que no estamos juntos, ven, quédate, mi hijo, que debes estar muy cansado, y don Alfredo salió tropezándose a buscar una de sus concubinas que tenía dentro de la misma hacienda. Katita no hacía sino llorar amargamente, sin consuelo. Mi madre que era su amiga, al sentir su llanto se levantó y esperaron juntas la mañana, tiritando de frío, hasta que el mayordomo tocaba la campana a la 5 de la mañana para entrar al trabajo. Después de varios días apareció don Alfredo con una especie de reuma en las piernas; pero no fué obstáculo para que montara a caballo a las dos de la madrugada y diera la vuelta al caserío de casa en casa, sacando a los hombres de sus camas, muchas veces enfermos, para que fueran a barbechar las tierras de la hacienda y sembrar el trigo. Nadie podía resistirse, todos eran deudores, además, las mujeres tenían la obligación de pastar el ganado en los pastos de la comunidad. Aparte la hacienda tiene gente

propia que trabaja día y noche. Luego don Alfredo se marchaba a la provincia donde no hay día en que deje de firmar alguna escritura de compra y venta de algún pedazo de tierra de los campesinos. Su capital prestado en el caserío y en la provincia con un interés del 15 al 20 % mensual se capitaliza. Así, no hay hombre que pueda pagar. Después de un corto tiempo se les arrancha sus tierras, sus casas, su ganado, sus vidas. Y la miseria crece, crece como los ríos en invierno. Generación, tras generación han ido sucumbiendo en la hacienda, sin ninguna protesta colectiva. Cualquier rebeldía aislada era apagada con saña.

Cuando yo estuve en la hacienda, Mateo Shullca, un indio que había servido en el ejército, y que había leído algo de la revolución campesina mexicana, de Emiliano Zapata, por quien tenía casi adoración religiosa; además, un soldado obrero en el batallón en donde él servía, le había hecho comprender que la tierra era de los campesinos: que la justicia no se pide, sino se toma con las armas. También le habló de la propiedad como un robo; pero esto no pudo comprender.—Pero Alonso es un ladrón, evidentemente —decía a todos sus compañeros.

Bueno, Mateo Shullca con una dialéctica singular, de casa en casa estaba sembrando los gérmenes de la insurrección. Explicaba en su propio idioma que en Rusia y en México, hombres explotados como nosotros, se habían levantado contra los terratenientes y que les restituyeron sus tierras. Shullca no encontró la menor resistencia entre los campesinos que día a día veían pasar sus tierras y su ganado a poder del único gamonal del caserío. Al campesino hay que hablarle con el corazón, como Jesucristo lo hizo hace veinte siglos. Ellos nada entienden de metafísica revolucionaria. Los campesinos son más realistas que muchos de nuestros intelectuales que quieren hacer la revolución desde su cómodo puesto de críticos de la vida política internacional.

Shullca no perdía el tiempo en críticas de la historia. Campesino realista, comprendía que su labor no debía circunscribirse a su pueblo, sino sistematizar una agitación permanente en otros pueblos identificados con el suyo, para que su plan no fracase. El hombre se multiplicaba. Se le veía ya acá, ya allá, en uno, en otro pueblo. La vida dinámica de Shullca, inquietó a don Alfredo.

* * *

En la cara de los campesinos el sol jugaba como un niño. Ellos reían. El viento cantaba en sus corazones. Iban alegres al barbecho platicando entre ellos— la revolución! Las lágrimas caían a la tierra de donde nacieron los pájaros. Cuando en el hombre las lágrimas cantan, sólo comprendemos nosotros, los que hemos sufrido y los que no conocemos ninguna caricia. La tristeza iba quedándose en los almacenes de la hacienda. Los indios ya no bebían. Se sentían hombres. Las mujeres iban a rezar a los santos de yeso, con las caras bañadas de lágrimas, que Dios se acuerde de ellos; que el patrón tiene mucho ganado y mucha tierra, ellos ya no tienen ni siquiera el marido; que Dios justo y todo poderoso no olvide de sus hijos miserables.

Mi madre supo que se levantarían los indios en una de las noches. Ella también rezaba frente a su cristo de palo hasta que se le ponía la nariz roja de tantas lágrimas.—Que Dios sea justo con los hombres—que castigue a los malvados. A veces lloraba tanto que insultaba a su santo. Después arrepentida—decía—Dios mío, somos tan pobres que nos perdonará!—Al día siguiente muy temprano le prendía muchas velas y rodeaba de flores a su santo que nunca fue bueno con nosotros. Dios sólo existe para los burgueses.

Mamá se callaba. No quería decir nada a Katita del peligro que corrían. En las noches me abrazaba, como solamente saben abrazar las mujeres pobres de todo el mundo y se decía sola —ellos tienen razón.

Pasaron tantos días que mi madre olvidó todo y me envió a casa de una tía en la provincia.

La mañana era fresca. Los pájaros gritaban en los árboles. El sol corría por todo el pueblo voceando a grandes pulmones un nuevo día. Día alegre. Nos levantamos temprano. En la puerta de casa había mucha gente curiosa. En las calles grupos de gentes comentaban con calor —canallas! En el mercado —decían— La Punta, ese Alonso es un ladrón, canalla, maldecido. —Más canallas son los campesinos que ya no respetan ni a sus patrones —decían otros. Al oir estas palabras dí un grito de alegría, que se me cuartearon los pulmones con un: viva los campesinos! Una mujer que tenía cerca me sangró la boca de un bofetón. Yo no sentí rencor. Mi alegría era muy grande, sólo quería abrazar a mi madre y contarle que yo también era revolucionario. Mi corazón quería reventar, Al llegar a La Punta me detuvieron unos hombres a la entrada. Yo les abracé. Les dije en su idioma que era de ellos y me dejaron pasar con una sonrisa que cantaba en sus caras. Ya en la hacienda encontré las puertas cerradas. Trepé una pared alta; pero los perros ya no me ladraron como otras veces. Había silencio en la casa como si estuviera desocupada. Al llegar al patio encontré a Katita muerta. Fuí al cuarto de mi madre, yacía también muerta con el cristo en el suelo. Yo que podía haberme desesperado, se me llenaron de lágrimas los ojos y la tapé con una frazada roja. El mayordomo estaba colgado en el corral. Los perros muertos. El ganado comía en el campo tranquilamente. Las tierras seguían barbechando como de costumbre los mismos campesinos, creyéndose ya dueños. En las paredes habían unos cuantos fusiles recostados como las flores que despiertan al sol. Las casas como todos los días, tenían un penacho de humo.

Solo después de varias horas lloré amargamente. Mi madre —ella fué una víctima. La injusticia de la vida. La noche antes de irme a la provincia me dijo:—no te olvides, los campesinos son nuestros hermanos.

Don Alfredo Alonso había escapado. Esa misma mañana se embarcó para la capital. Los campesinos se organizaron en una cooperativa con este lema: uno para todos y todos para uno. Pero cuán corta es la felicidad cuando en el gobierno están nuestros enemigos. Régimen traidor!

A las pocas semanas llegaron dos regimientos a sofocar la rebelión de los campesinos. En una lucha desigual murió el último campesino. Las mujeres y los niños caían en las calles atravesadas por las balas expansivas de «nuestro ejército». Los animales y las aves fugitivas se estrellaban en su desesperación el cráneo en las rocas. Los perros refugiados en los cerros aullaban al cielo. Al día siguiente el poco ganado de los campesinos que no había muerto, era arreado a la provincia.

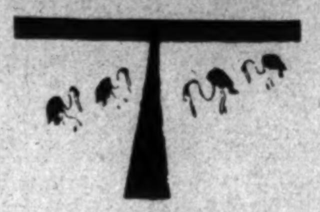
Así se borró de la geografía a un pueblo fuerte de campesinos que tenían derecho a la vida; pero nunca borrarán la conciencia revolucionaria de los hombres del campo.

San José, XII—29.

Serafín Delmar

(Envío del autor)

Estampas
El Sr. Eberhardt



Los ánsares o gansos del templo de Juno, son traídos a cuento por la erudición anecdótica del político siempre que precise dejar en el ambiente el misterio de una frase. Lástima que un suceso de tanta enseñanza haya sido pedernal en manos tortuosas. Lo han sobajado haciendo que su sentido profundo escape a la comprensión común de los hombres. Lo volvemos a releer en Plutarco en este momento histórico en que el país quiere oponer su repudio a un enviado de Washington.

Los Galos posesionados de Roma no han hecho rendirse al Capitolio. Dentro de ese fuerte moran y ejercen sus funciones los magistrados. El soldado que les trae el mensaje del general que va a combatir a los Galos llega furtivamente hasta ellos. Los Galos descubren el camino por donde allí se llega y preparan el escalamiento a la media noche. Están casi al llegar a la cumbre. Los guardias duermen. «Mas había unos ánsares sagrados en el templo de Juno, alimentados largamente en otro tiempo, pero tratados entonces con descuido y escasez, por la falta de víveres que los sitiados mismos padecían. Son estos animales, por naturaleza, de oído agudo y muy pronto a cualquier ruido; pero entonces aquéllos, hechos todavía más vigilantes e inquietos con el hambre, sintieron muy pronto la subida de los Galos, y corriendo con gran estrépito se fueron para los Romanos y los despertaron a todos, a tiempo que ya los Galos movían gran alboroto y se apresuraban más viéndose descubiertos». El Capitolio se salvó.

Cuando el político golpea su eslabón contra ese episodio es, o para decir que no deben graznar todavía los gansos, o que es tiempo de que graznen. Da a los ánsares en el destino de un pueblo una vigilancia que sólo corresponde a los hombres. El suceso grave que está por venir no inquietará hasta tanto no lo perciba amenazante el oído extraño. Y no es ese en verdad el sentido de la enseñanza. La vigilancia que a cada uno de nosotros toca ejercer en los valores nacionales no debemos delegarla. Los ánsares pueden ser de oído agudísimo, pero esa cualidad del ave no ha de ser nunca superior a la penetración auditiva nuestra. Debemos estar despiertos. El político no lo entiende así; es imprevisor y nos manda confiar en que a su tiempo se oirá el graznido del ánsar.

Pero ni es anuncio de aves, ni es graznido lo que el ciudadano vigilante debe aguardar para ponerse de pie en defensa de los intereses vitales del país. Si ahora nos fuéramos a guiar por el consejo del cazurro, deberíamos esperar a que Washington desembarcara su enviado y que éste empezara a actuar. Después tendríamos que esperar a que la voz extraña nos advirtiera el peligro, mientras tanto la estaca iría poco a poco hundiéndose y el enviado Eberhardt nos dominaría.

Afortunadamente los guardianes no duermen. De muchos rumbos ha salido la voz condenatoria de los procedimientos de un diplomático adiestrado en el arte de sojuzgar estos pueblos desorganizados. El país se enfrenta a un hombre que sabe meter la confusión desmoralizadora. Y es natural que Costa Rica vea con alarma la llegada de un personaje que en Nicaragua ha hecho cosas tan graves como las que denuncia en el pasaje siguiente el memorial suscrito por los que aquí vigilan la libertad: «Persecución implacable de los ciudadanos desafectos al gobierno; amordazamiento de la prensa; supresión de los más fundamentales derechos del hombre; traiciones militares; vergonzosos simulacros de elecciones en los que, como un rebaño se ha impuesto al pueblo la voluntad de las autoridades».

Hay una pregunta que nos sale espontánea cuando pensamos en la designación del señor Eberhardt para que controle nuestras relaciones diplomáticas con los Estados Unidos: «¿Qué síntomas de corrupción se le habrán ya hecho tan visibles al país que se le juzga campo propicio para las expansiones esclavizantes?» Porque, si no hemos vivido en un engaño, disfrutamos desde hace años de una libertad que ha hecho posible la aparición de multitud de instituciones que hacen digna la vida del ciudadano. No las debemos a merced de ningún poder extraño. Solas han ido perfilándose, alentadas por la aspiración común a tener patria decorosa. La libertad irrestricta de la prensa es bien contra el cual no se ha podido atentar sin el estigma de traición. Para estos pueblos apetecidos por su situación geográfica y por su debilidad, una prensa libre significa una garganta de la cual salen hacia todos los confines del mundo las voces que denuncian un mal o dan gloria a un hecho trascendental. En la hoja impresa reside casi toda la libertad de estos pueblos. Es claro que con esto no proclamamos que todos disfruten de ese bien. Para muchos es una maldición. Pero los que nos beneficiamos de esa conquista estamos en el deber de volvernos fieros contra el poder, sea de una nación o de un hombre, que proyecte ensombrecerla. Si el señor Eberhardt en Nicaragua hizo de la prensa una porquería, tenemos derecho de oponerle nuestro veto. Puede haber hecho propósito de enmienda, pero ya es un hombre manchado. La carrera diplomática no significa un registro de sucesos en daño de un pueblo. El enviado que una vez procedió olvidándose de que no trataba con una colonia sino con nación libre, quedó impedido para el ejercicio de sus funciones.

Pues bien, sin querer engañarnos pensando en que somos el país menos propicio a la corrupción, reflexionamos con cierto desconsuelo en el nombramiento del señor Eberhardt. ¿Qué habrá empezado a comerse nuestro poder defensivo? ¿Se habrán destacado hombres a quienes se les vea estatura para corear las hazañas de un enviado norteamericano sin escrúpulos? Hasta ahora hemos vivido en una confianza mutua. Esto hace decir a los que nos gritan que esperemos el graznido de los ánsares, que el señor Eberhardt no nos tratará con los mismos procedimientos con que trató al nicaragüense. Sin embargo, es preciso que no nos hagamos ilusiones. Examinemos con valor a nuestros hombres. Penetremos en los secretos que culminan en el nombramiento de un enviado de Washington. En esa gran nación los intereses del capital juegan un papel de suma importancia. Lo que hemos leído nos permite afirmar que el capital organizado para la conquista de estos países es decisivo en la designación de los representantes exteriores. ¿Qué de extraño tiene que a Costa Rica le haya tocado de esta vez ser el blanco de las empresas capitalistas? El capital necesita imponerse. Mentira que viene a civilizarnos por un alto espíritu de humanidad. Acapara recursos y una vez en posesión de ellos, los defiende resueltamente. Las fuentes económicas de estos países son la llave de sus libertades. Eso lo sabe el capital organizado en los Estados Unidos y por eso se esparce fuera de los linderos de su territorio.

A este país le ha tocado el influjo de ese capital organizado para la conquista. Allí está la United Fruit Company. Allí está el *trust* eléctrico. Allí está la Pan American Air Ways Company. Y los hombres de visión del país han alzado la ley que limita y frena el avance de esas compañías. Ellas se convulsionan contra esa defensa y esperan vencer. Por eso es que cuando observamos que en el instante mismo en que se repudia al señor Eberhardt, salta la United Fruit Co. a hacer su elogio, reflexionamos y redoblamos la vigilancia. Esta Compañía ha querido que el país continúe a sus pies y no lo ha conseguido. Y es precisamente por la entereza de sus hombres, por la libertad de la prensa, por el derecho inviolable del sufragio. Todas estas fuerzas poderosas en un país pequeño son defensa temible.

Y si el señor Eberhardt dijo en Nicaragua que para nada servían y las convirtió en deshecho de pesebre, es justo que nosotros, que les damos un valor trascendental y definitivo, lo repudiemos y le opongamos nuestra condenación. La United Fruit Company habrá pensado que el instante es propicio para ayudar a imponer al hombre audaz y sin escrúpulos, pero como los costarricenses no esperamos a que el graznido de los ánsares nos despierte al peligro, lo vislumbramos y le arrojamos nuestra sospecha condenatoria.

Juan del Camino

Cartago. Enero de 1930.

Imprenta Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica.